# La Ilustración Artística

AÑO X — BARCELONA 6 DE ABRIL DE 1891 — NÚM. 484


Con el presente número 484 se reparte el tomo de la Biblioteca Universal LOS MISTERIOS DEL MAR, profusamente ilustrado
El suscriptor á cuyas manos no llegase deberá reclamarlo al respectivo corresponsal ó repartidor

## SUMARIO



***

## KAEMMERER

CELEBRADO PINTOR FRANCÉS

Hace poco tiempo, cuando se quería tener el gusto de ir á estrechar la mano del amigo Kaemmerer, el procedimiento necesario para esto no era de los más sencillos; juzgábase indispensable proveerse de un fuerte bastón, ejercitar los biceps, y haciendo el molinete, dar estas señas al cochero furioso: «Boulevard de Veaugirard, 126.» En cuanto á mí, no iba nunca á la casa sin recordar un precioso dibujo de Cham: el asunto se refería á la Exposición de 1878, y un cochero mostraba con orgullo á un industrial estupefacto el extravagante despojo que adornaba el cuarto trasero de su caballo: «Eso, decía, es la piel del último que me solicitó para conducirle á la Exposición.» ¿Qué hubiera dicho y hecho aquel apreciable automedonte si le hubiesen enviado á la casa de Kaemmerer?

Efectivamente, estaba más allá de los Inválidos, muy lejos, en el confín de la tierra, en aquel barrio bendito de los bailes al compás de la gaita y de las tabernas; allí, en medio de la gente de bronce, habitaba el pintor de todas las elegancias del Directorio.

¡Y era una alhaja aquel gran taller, situado en medio de jardines llenos de árboles y de avecillas y también de soles! – entiendo por esto las flores así llamadas, queridas de los loros y de los jefes de estación, que tienen todos, por lo regular, sus colecciones de ellas. En cuanto á los loros, aves crueles, como todos sabemos, engordan con el corazón mismo de esa desgraciada planta.

Kaemmerer, pues, vivía aislado, inundado de sol, tranquilo y feliz, sin chismes ni cuentos con sus vecinos; pero cierto día, día nefasto, al volver nuestro amigo de una de esas fugas familiares que le conducían á derecha é izquierda, observó que una graciosa pared de ladrillo y piedra se elevaba majestuosa á tres metros de su taller; no podía vacilar y el pobre Kammerer cambió de domicilio. Ahora habita en la calle de Veaugirard, mas espero que se le verá muy pronto en otra parte, pues nada puede haber tan triste como aquel pequeño local. Esas pobres *Maravillosas* de traje corto, con sus faldas de gasa transparente y sus finas medias de seda, parecen transidas de frío bajo aquella luz pálida, casi lúgubre.

Por fortuna, el buen artista posee otro domicilio en Lagny, donde ha relegado los bártulos y el perro á que tanto apego tenía, el perro *Petit*, llamado *Mimí*,



LOS PURITANOS EN NUEVA INGLATERRA, cuadro de Mr. G. H. Boughton, existente en la «Royal Academy,» de Londres

producto chino y comestible, animal extraño, con un mechón de pelos que corona su cabeza puntiaguda, ó como hubiera dicho *Ignotus*, la peluca de un clown. En invierno, ese interesante can, que se puede haber visto en *El retrato de la marquesa*, verdadera joya expuesta últimamente por Kaemmerer; en invierno, repito, el pobre *Petit* parece, con su paletó de franela, una perdiz cubierta de manteca y á punto de ser puesta al asador. Kaemmerer afirma que es muy inteligente y que comprende todas las lenguas.



Dibujo de Kaemmerer

En Lagny se halla tambien el *taller*, no el de pintura, que para Kaemmerer es solamente secundario, sino el verdadero, el único, aquel donde trabaja con asiduidad, el taller de carpintero. Allí es donde nuestro amigo, artista pintor, hace con preferencia todo cuanto no concierne á su profesión: tablajero, carpintero y jardinero, la sierra, el cepillo y la garlopa no tienen secretos para él; y ahora habla de comprar un torno junto al cual tal vez le veamos recortando con mano ligera redondeles para sus amigos.



Dibujo de Kaemmerer

El taller donde pinta, cuando no puede hacer otra cosa, está ahora lleno de estudios y de cuadros preparados, pero Kaemmerer se halla poseído de una nueva pasión; el infeliz es alpinista, y por esto entiéndase bien que Kaemmerer forma parte de esos grupos errantes de hombres que nos asombran y que de vez en cuando se divisan confusamente, con ayuda del telescopio, cuando trepan á fuerza de fatigas por una escabrosa montaña. ¡Si al menos el buen artista pudiese dar por excusa que desea rebajar el vientre!... Pero el amigo Kaemmerer es más liso y llano que los versos de M. X... de la Academia francesa. Ese hombre es incomprensible, ó acaso no sea yo digno de comprender su noble locura, yo que, en cuestión de hielos, no admito más que los helados de Tortoni.

Víctima de sus pasiones, Kaemmerer hace cuadros en que solamente se ven montañas: un gran lienzo en vías de ejecución representa «al ascensionista Ramond en Tuqueroye,» asunto palpitante si los hay. Siempre afable, el artista ha insistido en referirme los pormenores de las tres ascensiones de aquel digno sabio, lo cual me instruyó sin divertirme. Allí se pueden ver otros estudios del mismo género, pero no hablo de ellos, porque muy pronto los dí al olvido al fijar mi atención en una cosa adorable, *La linda carnicera*. ¡Oh qué hermoso lienzo! En él se adivina la mano de mi amigo Kaemmerer, con su gracioso y chispeante dibujo, su fino y delicado color y su composición tan bien hallada... ¡Qué poco pensé yo, mientras admiraba aquella hermosa joven, en el difunto Ramond, «ascensionista del monte Perdido.»

La historia de Kaemmerer es de las más sencillas, como lo es también su existencia: nacido en La Haya, recibió su educación artística en París; Gerome fué su maestro, y fácil es reconocer en las obras de Kaemmerer esa limpieza en el dibujo, esa seguridad de ejecución que distinguen á los discípulos del maestro dibujante.

El hombre es mucho menos conocido que sus obras, tan populares y tan reproducidas: en todos los escaparates de los vendedores de cuadros ó de grabados es casi seguro encontrar «Kaemmerers,» y casi siempre está á la vista la colección completa, que llama la atención del aficionado y le detiene. ¿Quién no posee ó no conoce *La salida de la iglesia*, *El trineo*, *Una boda en tiempo del Directorio*, *Los patines*, *La ascensión del primer globo*, *El charlatán* y otras? Pero toda medalla tiene su reverso y Kaemmerer es víctima de los copistas: cromolitografías, acuarelas, litofanías; todos los procedimientos de fabricación son buenos para saquearle. Ultimamente nos fué dado contemplar *El bautismo en tiempo del Directorio:* aquella graciosa *Salida de la iglesia*, de tan admirable tono y tan delicado colorido, se ha transformado en manos del copista en una cosa extravagante. Bajo pretexto de simplificar su trabajo, el miserable borró todos los fondos, suprimiendo cabezas, brazos y manos, y por último, para coronar la obra, sustituyó la antigua alfombra rameada tan bien colocada por el pintor en las gradas mismas de la iglesia, con una espantosa escalera verde botella, guarnecida de filetes rojos. ¡En el Bulevar de los Italianos fué donde se perpetró esta infamia!

La obra de Kaemmerer es esencialmente personal. Discípulo de Gerome, nos recuerda á su maestro por la corrección del dibujo y el encanto de la composición; y en cuanto al colorido, ese holandés parece ser émulo de los maestros españoles. Se ha dicho muy acertadamente que su ejecución recuerda mucho la de Fortuny. El mismo cuidado en la forma bajo la graciosa mezcla de colores brillantes, iguales refinamientos en la viveza de los tonos y una pintura expresiva que conserva toda su frescura. Al pensar en estas notables cualidades, fácil es comprender la celebridad de que goza Kaemmerer entre los coleccionistas. No hay buenas galerías sin alguna de sus obras; sus lienzos se venden casi antes de ser comenzados y con harta frecuencia van muy lejos.

Nuestro amigo lo ve ahora por una triste experiencia. ¿Qué tendrá, que podrá tener en 1889? Nada, ó casi nada. Vendidos á muy alto precio, la mayor parte de los lienzos de Kaemmerer se hallan en América; y los derechos que el artista debería pagar al fisco de aquel país para que se devolvieran los cuadros á sus propietarios serían tales, que Kaemmerer no tiene medios para permitirse este lujo. ¿No es extraño y abusivo ver á los americanos imponer tales derechos á nuestras producciones artísticas, siendo así que anualmente llegan á Francia por docenas y hasta por centenares los *yankées* que se dedican al arte? Entre nosotros, pueblo bonachón, todo está abierto gratuitamente para los extranjeros, escuelas, museos, bibliotecas y colecciones; en todas partes son señores y dueños; mientras que en su país, mal recibidos, envidiados, siempre en lucha con mil molestias y vejaciones, nosotros debemos pagarlo todo y pagar para todo. La mano en el bolsillo para visitar un museo, para entrar en una iglesia y para hacer levantar la cortina que cubre un cuadro. ¡Qué conforme estoy con la proposición de imponer el pago á nuestra vez á esa gente cuando quiera ver nuestras maravillas! Pongamos torniquetes en todas partes, como ellos lo hacen, y si se quejan nadie les compadecerá. Nosotros pagaríamos también, y sin regatear; pero la cosa es demasiado sencilla, demasiado práctica y útil para que pueda tener buen resultado en Francia, y á fe que lo deploramos de todo corazón.



Dibujo de Kaemmerer

Volvamos ahora á nuestro amigo Kaemmerer. Desde hace algunos años, todo su trabajo es para la casa Goupil. El *París Illustré* ha reproducido, con poco éxito, sus doce meses, doce adorables figuras de mujeres, todas á cual más linda y seductora; y por cierto que no era cosa fácil hallar doce asuntos diferentes, doce posturas desemejantes. El año se eternizaba para Kaemmerer, y á fin de elegir en el número, debió hacer diez y nueve meses.

Y sin embargo, ¿quién mejor que él sabe idear una linda figura de mujer? Todos sus lienzos encantan; *El retrato de la marquesa* y *El charlatán* son maravillas de buen gusto. ¿Y qué diremos de esos trabajos múltiples que hizo para muchas publicaciones ilustradas? El *Figaro Illustré*, entre otros, re-

produce casi todos los años algún importante trabajo de Kaemmerer, y todas esas composiciones llegan á ser muy pronto populares de una manera bastante original. Los diversos vendedores de marcos que se escalonan en París eligen casi siempre los Kaem-



Dibujo de Kaemmerer

merer y los Detaille del número de Navidad para vender su mercancía; así ven nuestros ojos con frecuencia composiciones como las tituladas *Después de la lluvia*, *Los patines* y *La cita*, de Kaemmerer, ó alguno de los asuntos militares de Detaille, admirables también. Por la calidad del pescado se puede tomar la salsa, como suele decirse, y el marco que encuadra esas bonitas cosas se aprecia gracias á los dos maestros.

En 1888 expuso la *Romanza*, seductora figura con traje del Imperio, acompañándose ella misma con el arpa, y ya volveremos á ver ese precioso cuadro en 1889, pues Kaemmerer se ha reservado el derecho de exponerlo. En este momento, el taller contiene varios lienzos en vías de ejecución: en primer lugar, una serie de asuntos montañeses, á los cuales nos hemos referido ya, y después *Una zurzidora*. ¡Qué hermosa joven! ¡Con qué buena voluntad se rasgaría cualquiera sus medias de seda para tener el gusto de que esa beldad las remendase! Citemos, por último, *La linda carnicera*. ¡Oh! ¡Sí, la muy linda carnicera, á cuya vista nos explicamos que algunos quieran ir ellos mismos á la compra! Todo esto es exquisito por el buen gusto y la disposición. Nadie sabe arreglar un cuadro tan bien como Kaemmerer.

Hace tres años presentó su *Ascensión del globo en el Luxemburgo en tiempo del Directorio*: el aerostato se eleva en los aires, y la multitud, con su traje de domingo y muy apiñada, aplaude á los aeronautas; las mujeres agitan sus pañuelos, los hombres arrojan al aire sus sombreros, se aplaude ruidosamente, y los pilletes gritan: es un conjunto indescriptible, lleno de vida y movimiento. Pero ¿cómo debía arreglarse para evitar que el público sólo viera espaldas? Un petimetre ve hundirse bajo sus pies la silla en que se ha subido, y cae en tierra, arrastrando consigo un vendedor de limonada que lleva una bandeja con helados y sorbetes. Todos se vuelven, como es de suponer, y de este modo el espectador puede ver las caras.

Hombre excelente, sencillo y bueno, Kaemmerer tiene tantos amigos como conocidos; y justo es añadir que no se prodiga. Su facilidad para el trabajo es maravillosa, y nada tan curioso como verle pintar. Bajo sus dedos brota de improviso todo un mundo chispeante por su colorido. Por lo demás, y teniendo en cuenta que Kaemmerer es perezoso, basta contar sus obras, ya considerables en número, para deducir juiciosamente que si pinta bien también pinta pronto. Sin embargo, cuando se trata de hacer un favor ó de complacer, Kaemmerer no escatima el trabajo ni el tiempo.

A no mediar esta circunstancia, se ha de revolver medio mundo para inducirle á pintar. Yo salvé de una destrucción inminente una deliciosa cabeza de mujer, pintada á la acuarela, que el maestro holgazán había arrollado ya para encender su cigarro, simplemente por no tomarse la molestia de ir á buscar un fósforo; y á fe que no será la gordura lo que dificulte sus movimientos.

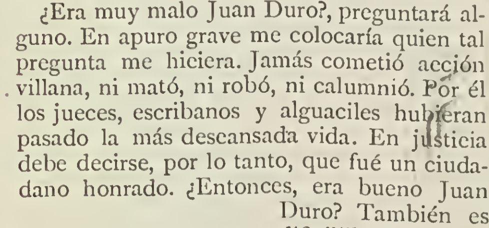
Asombraré á todo el mundo al anunciar que Kaemmerer no tiene más que tres medallas, y esto desde 1874, cuando sus obras eran tan apreciadas. Lo digo sin encargarme de dar la explicación de este hecho, pues yo mismo no lo comprendo. Esperamos que Kaemmerer recibirá muy pronto la recompensa merecida hace tanto tiempo y que no habrá de oir en lo sucesivo palabras tan severas como las que le dirigió un amigo suyo á quien ofrecía la mano: «No sé si debo dársela, díjole, pues con su talento no ha obtenido más que una medalla, y por lo tanto supongo que sobre V. pesa alguna condena, que le privará de sus derechos á las recompensas que Francia le debe.»

P. S. Este estudio fué escrito en marzo de 1889. Kaemmerer recibió más tarde, después del brillante éxito que alcanzó en la Exposición Universal, la cruz de la Legión de Honor, y á fe que jamás recompensa alguna fué más merecida y aplaudida con tanto entusiasmo.

Jorge Cain

## JUAN DURO

Duro era de apellido, y duro de corazón. Pocos hombres habrá habido, hay ni habrá que sintieran menos los dolores ajenos, y de los suyos no hablo, pues jamás para él hubo dolores.



¿Era muy malo Juan Duro?, preguntará alguno. En apuro grave me colocaría quien tal pregunta me hiciera. Jamás cometió acción villana, ni mató, ni robó, ni calumnió. Por él los jueces, escribanos y alguaciles hubieran pasado la más descansada vida. En justicia debe decirse, por lo tanto, que fué un ciudadano honrado. ¿Entonces, era bueno Juan Duro? También es dificililla la respuesta. ¿Cómo responder negativamente después de haber asegurado que era un honrado ciudadano? Y sin embargo, puedo contestar y contesto que no era bueno. ¿Acaso consiste la bondad en colocarse en situación tal que la ley no nos alcance? ¿Puede llamarse bueno á quien no ríe cuando los suyos ríen, y no llora cuando lloran los suyos? ¿Puede ser bueno quien vea llorar á su madre y no sienta húmedos los ojos? Quien pudiendo hacer el bien no lo hace, ¿es bueno? ¿Lo es quien ni aun lo que le sobra da á quien se lo pide? Quien no falta á la ley, y hasta cumple estrictamente los preceptos de ese código llamado código del honor; no es avaro, sino muy al contrario, dilapidador y fastuoso, presta en la mesa de juego miles de pesetas y no incurre jamás en ninguna incorreción, es un perfecto caballero, no lo niego; pero si sólo sabe ser perfecto caballero, le falta algo para ser un hombre bueno, y eso algo se llama: bondad de corazón.



Dibujo de Kaemmerer

Juan Duro era un perfecto caballero, pero carecía de ese algo.

El nombre de Juan Duro llegó á figurar en la Guía oficial ó Guía de forasteros, como antes se llamaba, engalanado con el título de marqués de la Piedad. Nació plebeyo y murió aristócrata. Sus padres fueron comerciantes en géneros de punto, él comerció en dinero. En una obscura tiendecilla de la calle de Postas se estableció allá por los años de 1820 ó 1823 Felipe Duro, padre del protagonista de este cuento, que bien pudiera ser historia.

En Vinebre, pueblecillo de la provincia de Tarragona, vió la luz Felipe Duro; sus padres eran unos pobrísimos labradores que cuando el año era bueno daban á sus hijos pan de maíz y cuando era malo permiso



Dibujo de Kaemmerer

para que mendigaran mendrugos de pan de trigo. Cuando contaba Felipe catorce años hacía ya cuatro que conocía las duras labores del campo. Para el trabajo no era un hombre, sino una máquina, que ni se cansa ni se queja. Manejaba Felipe el azadón con gran vigor, mas lo miraba con repugnancia. Mientras destripaba terrones y mientras sus hermanos y compañeros de trabajo canturreaban monótonas canciones para distraer la imaginación y ahuyentar el hastío, Felipe guardaba silencio, y allá en su pensamiento formaba proyectos que luego había de realizar con esa constancia y paciencia propias del carácter catalán cuando de enriquecerse se trata.

No había nacido para manejar el arado. Sus manos estaban pidiendo una vara de medir. Comprendiéndolo así, cierto día pidió permiso á sus padres para marcharse de criado de un comerciante ambulante, que dos ó tres veces al año solía ir á Vinebre á vender percales y paños á las personas graves, cintas á las mozas y corbatas de colores rabiosos á los elegantes señoritos.

Obtuvo el deseado permiso; lloraron al despedirle sus padres y hermanos, no se quedó él corto en gemir y moquear un largo rato; mas al fin vióse ya fuera del pueblo, llevando en la espalda una pesada caja, en la que iban los géneros de comercio de su *principal*, como hizo le llamara el nuevo comerciante.

Gran dolor sentía Felipe por separarse de sus padres, mas se consolaba pensando en que comenzaban á realizarse sus amadísimos proyectos, y veíase ya

dueño de una hermosa tienda, situada en lo mejor de la Rambla de Barcelona.

Pocos meses habían transcurrido desde que había



Dibujo de Kaemmerer

abrazado su nueva profesión, cuando con gran alegría suya oyó cierta noche que su principal le decía mientras comían en una tabernucha de Tarragona:

– Felipe, ¿tienes ganas de ir á Barcelona?

– ¡Ah! Sí, señor. Usted me ha dicho que es tan *bona*...

– Si la bolsa *sona*.

– ¡Eh! Y aunque no *sone* será *bona* para un catalán como yo, que quiero trabajar para que *sone*.

– ¡Bien dicho! Sabes que te has pulido mucho en los cinco meses que viajas...

– Buen maestro tengo.

– ¡Hola! También adulador.

– No, señor; que un catalán jamás adula. Yo digo la verdad: V. es muy bueno conmigo, por eso le



Dibujo de Kaemmerer

sirvo; que si no, ya hace tiempo que me hubiera despedido de usted.

– Bien, hombre, bien: así me gusta. Y yo, que tampoco soy adulador, te anuncio que harás carrera. Yo debí haberla hecho; pero yo no soy catalán, soy andaluz, y si he sabido y sé ganar dinero, mucho mejor sé gastarlo. Y es inútil pensar en que cambie; cada uno es como nace: unos para ahorrar y hacerse ricos, y otros que si ricos nacen, pobres mueren, y no te digo nada si nacen pobres.

Las profecías del principal de Felipe se realizaron.

En Barcelona se separó de Pepe el andaluz, como llamaban al que primero le inició en los secretos del arte de comprar y vender, y entró de dependiente en una tienda de paños, situada en la Boquería.

Durante algunos años barrió la tienda, fregoteó cristales, y tantos sabañones tuvo en manos y orejas, que éstas se le quedaron por los bordes con unos dibujos tan bien recortaditos, que parecían una preciosa puntilla, lo cual es una prueba patente de constancia en el servicio. Por los recortes que en las orejas tenía hubiera podido averiguarse el capitalito que nuestro buen Felipe poseía, cuando *buscando mayor espacio para sus hazañas* salió de la tienda de paños y comenzó á recorrer España en clase de comisionista ó viajante de comercio. El primer mordisco que los sabañones habían dado le valió dos docenas y media de duros, los otros los cobró mucho más caros, y sumadas todas las cantidades, más el interés que habían producido, vinieron á constituir la respetable cantidad de cuatrocientos duros.

Tres años de viajante duplicaron el capital en dinero de Felipe y le crearon, en buenas relaciones comerciales, un nuevo capital en crédito, que le permitió comenzar á pensar en establecerse; el sueño de toda su vida.

Estudió el mercado de Madrid, vió que allí podía hacerse gran negocio en el ramo de géneros de punto, alquiló un local en la calle de Postas, gastó unos doscientos duros en la instalación, y con el resto de su dinero y el crédito que varias fábricas le concedieron hacinó en los escaparates y estanterías de su tiendica cientos de medias, mitones, camisetas, etc., que compraba á tanto y vendía á tanto y medio, y volviendo á emplear el medio ganado en género y repitiendo la operación, á los dos años de establecido, la firma de Felipe Duro valía en el mercado más de siete ú ocho mil duros.

La hora del amor le llegó entonces. Quien como él comenzaba á ser comerciante respetable no podía permanecer soltero. Pero ¿dónde diablos podía Felipe hallar mujer que le conviniera? Dando vueltas y más vueltas á esta idea, cierta noche salió un recuerdo de los desvanes de su memoria. Allá en un pueblo de Asturias había él conocido á una garrida moza, hija de comerciantes también en géneros de punto, á la cual había requerido de amores, y si mal no recordaba, la moza no echó en saco roto las lindezas que él supo decirle. La cosa no había pasado á mayores, pero podía haber pasado. – ¿Y por qué lo que entonces no hice, porque locura hubiera sido, no he de hacerlo ahora, que ya es prueba de cordura y hasta artículo de primera necesidad? – Pensada y madurada que fué esta idea, comenzó á practicarla. Escribió al pueblecillo de Asturias, averiguó que la moza se conservaba con palma, y fué á buscarla y volvió con ella al poco tiempo, después de haber recibido la bendición nupcial.

Modelo de matrimonios fueron Balbina, que éste era el nombre de la muchacha, y Felipe. Durante muchos años de unión sólo hubo entre ellos algunos ligeros altercados, y siempre por el mismo motivo, y fué éste que Balbina acusaba á Felipe de desprendido y hasta solía llamarle dilapidador. Con esto queda pintado el carácter de la asturiana y explicado que los señores de Duro llegaran á ser poseedores de ciento cuarenta mil duros, que los calcetines y medias les habían dado y que no se guardaban en ninguna media vieja, sino que se habían convertido en buenas casas en Madrid, en seguros créditos y un pico muy respetable en onzas contantes y sonantes.

Durante los primeros años de su matrimonio no se acordaron los afortunados comerciantes de que Dios podía darles uno ó varios hijos, y ni lo desearon ni al cielo lo pidieron, pues para ello faltábales el tiempo; tan distraídos y ocupados estaban en la tarea de comprar y vender y atesorar la diferencia entre el precio que se compró y el en que se vendió.

Cuando ya su fortuna estaba hecha miraron á su alrededor y se encontraron solos. Entonces y sólo entonces cayeron en la cuenta de que su unión no era una razón social, sino un matrimonio, y con fe pidieron al cielo un hijo, y el cielo, pródigo y complaciente con ellos, les envió lo que pedían, un hijo; y como ya no pidieron más, y sin duda Felipe y Balbina debían tener buenas aldabas en el cielo, Juan no tuvo hermanos.

Emoción dolorosa fué la primera que causó Juan; creyeron sus padres que nació muerto porque no lloraba. Azotóle el comadrón, como es costumbre para producir el llanto, y el niño dió una especie de gruñido, como diciendo: – ¡Eh, caballeros, cuidado con pegar! ¡Vaya una manera de recibirle á uno!

El gruñidito tranquilizó á los papás, y mucho más ver que el chico chupaba á las pocas horas con verdadera avidez una muñequita de tela empapada en dulcísimo jarabe.



Dibujo de Kaemmerer

Creció Juan, y sus padres no tuvieron queja de su conducta: hacía cuanto se le ordenaba, y algunas diabluras que á él se le ocurrían, pero diabluras que no causaban disgustos. Una pena, sin embargo, y pena agudísima, sentía su madre; el niño era, como ella decía, descastadísimo; ni nunca solicitó un beso, ni jamás recibió cariñosamente los que se le daban.

Algo muy curioso y extraño había en el carácter ó mejor en la naturaleza de Juan. Ni siendo niño, ni ya más crecido, jamás una lágrima asomó á sus ojos.

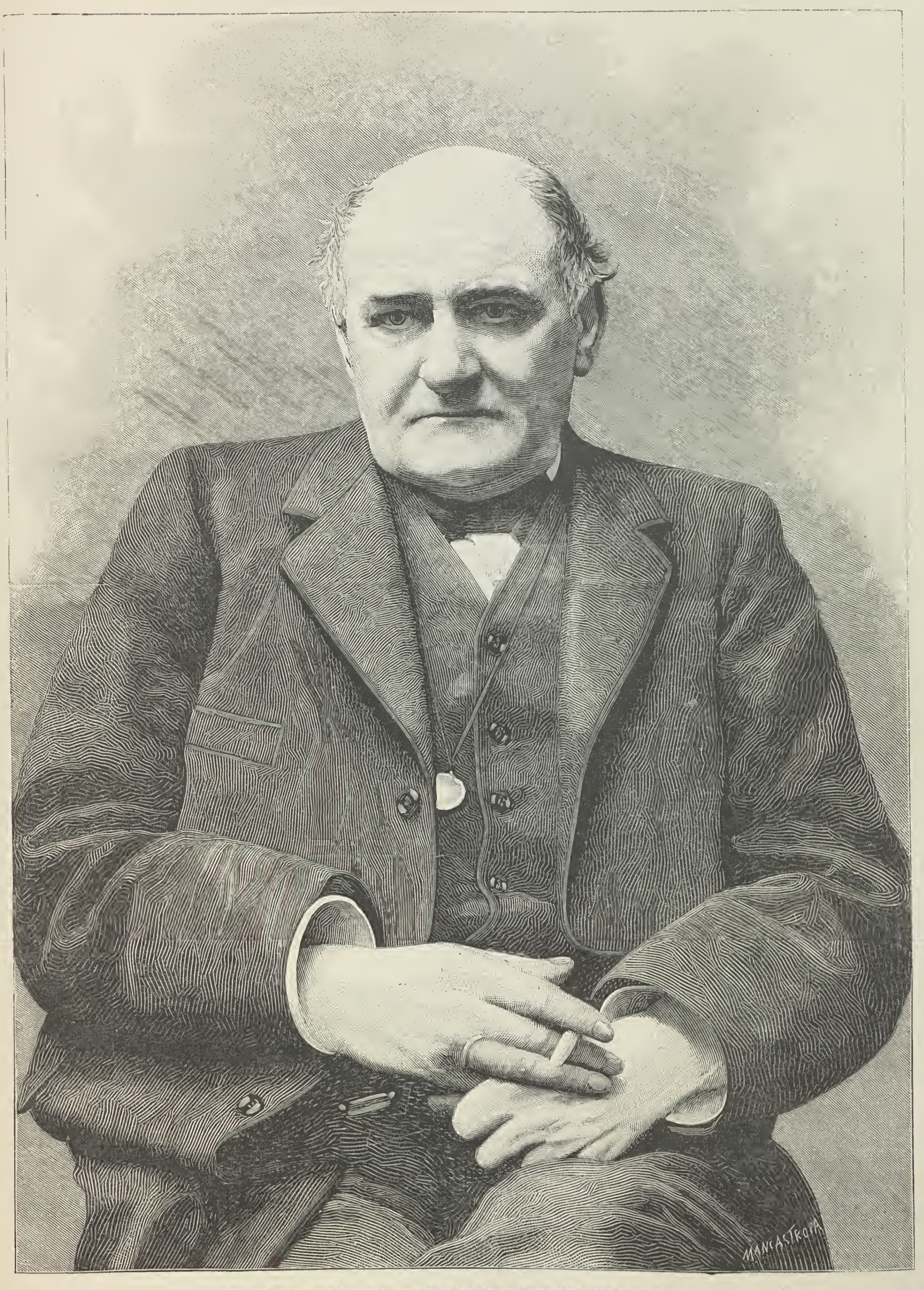
Niño, pedía á gritos, mas con los ojos secos, cuanto se le antojaba; y hombre ya, ni el dolor ni el sentimiento supieron arrancarle una lágrima.

Llegó Juan á los veinticinco años; Felipe, su padre, pasaba ya de los sesenta, y la tranquilidad y el descanso que hacía algunos años se procuraba le hicieran engordar de un modo considerable.

Una mañana apareció muerto en su cama; una apoplejía le había matado sin que ni él quizá se enterara de la visita de la muerte.

El primero que se enteró de la desgracia fué Juan.

Entró en el cuarto de su padre, vióle muerto, y sin emocionarse pasó á ver á su madre, y con acento tranquilo y reposado dijo:




EL PRÍNCIPE JERÓNIMO NAPOLEÓN, fallecido en Roma el día 17 de marzo último

– Madre, ha ocurrido una desgracia. El padre...

– ¿Qué pasa?, gritó Balbina.

– No se alarme V., una cosa que había de pasar.

– ¿Está malo? Voy, voy...

– Es inútil, no está malo, ya no necesita cuidados de nadie.

– ¿Qué dices? ¿No se ha muerto, verdad? No, no es posible; tú no lloras y es tu padre.

– Era. Ahora descanse V., que yo lo arreglaré todo.

Y sin añadir una palabra más, dejó á su madre que por ella y por él lloraba.

Transcurrido el año de luto, Juan se hizo cargo de su herencia, y sin consultar el parecer de su madre decidió cesar en el comercio de géneros de punto.

– Es preciso quitar la tienda, dijo.

Quiso su madre oponerse diciendo:

– Si me sacas de aquí apresurarás mi muerte.

– Puede V. hacer lo que guste: continúe el comercio sola, yo por mi parte ceso.

– ¿Y me dejas sola?, replicó la madre.

– Porque V. quiere, véngase á vivir conmigo. Ya tengo casa conveniente para mis proyectos.

– ¡Salir de aquí, donde tú has nacido y donde murió tu padre!...

– Haga V. lo que le plazca.

Balbina siguió á su hijo, pero al poco tiempo de salir de su tienda murió.

– Ya era muy vieja, dijo su hijo; la hizo un entierro suntuoso, pagó un magnífico panteón que ni siquiera vió, y éste fué todo el tributo que rindió á la memoria de su madre.

Los desdichados que tanto oro supieron amontonar para su hijo no hicieron derramar llanto.

Juan al salir de la tienda realizó los proyectos de que había hablado á su madre.

Puso una casa de banca, se dedicó á grandes empresas industriales y financieras, y los tres ó cuatro

millones que sus padres le dejaron se convirtieron pronto en treinta ó cuarenta.

El Excmo. Sr. D. Juan de Duro llegó á ser el rey de la Bolsa y de la Banca.

Segun opinión general, era un hombre honradísimo y un perfecto caballero.

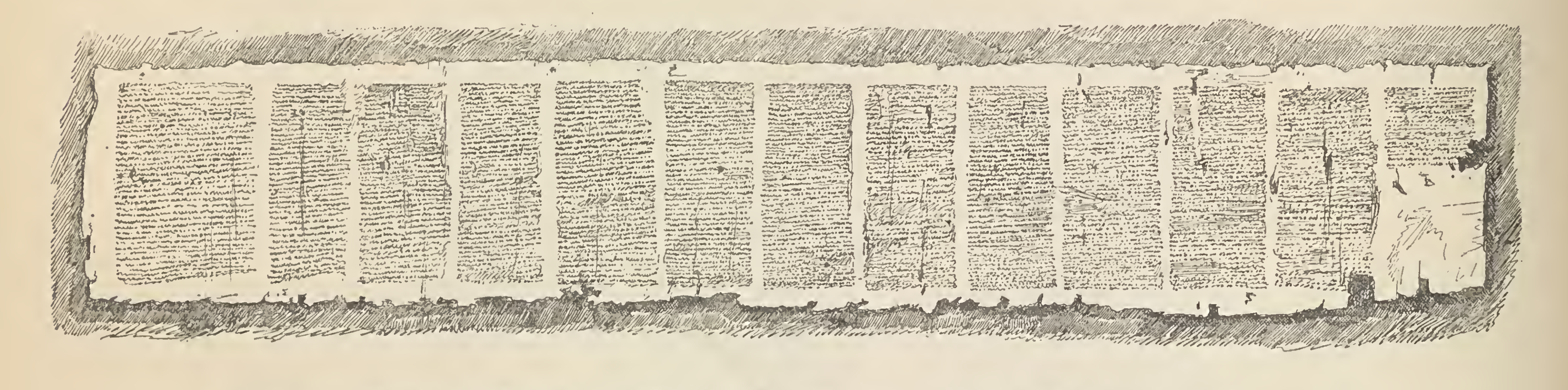
No hubo calamidad pública que no fuera remediada por él con algunos miles de pesetas.

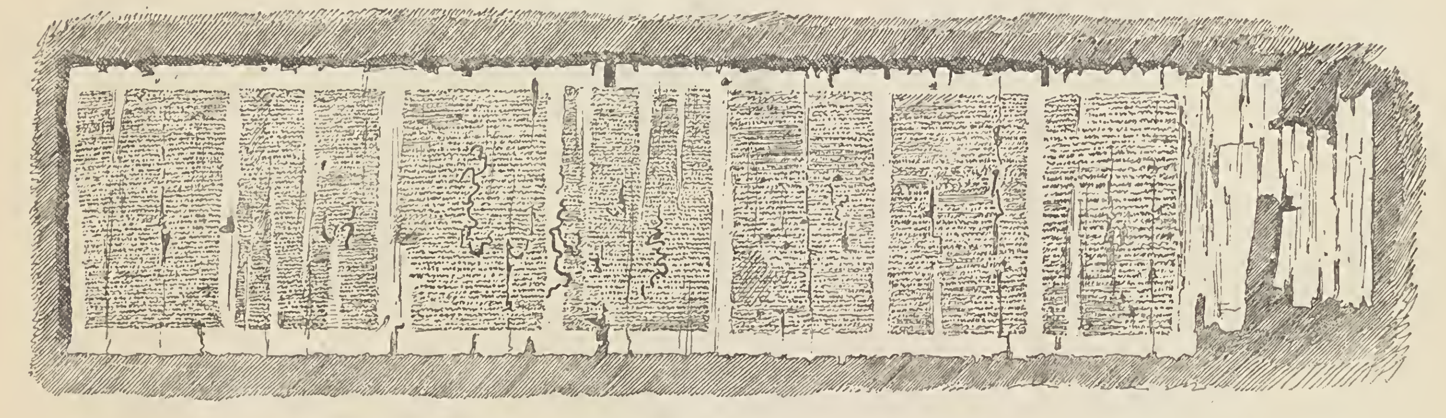
Las columnas de los diarios solían dar cuenta con gran frecuencia de rasgos generosos del acaudalado banquero Sr. Duro.

Ocurrieron terribles inundaciones en ciertas provincias de España, y el filántropo banquero dió diez mil duros para socorros á los pobres que habían quedado en la mayor miseria por efecto de la inundación.

El Gobierno quiso premiar aquel acto de sublime caridad, y le concedió el título de marqués de la Piedad.

En el mismo día en que se comunicó á Juan este acuerdo del Gobierno, fué á visitarle un primo suyo que había ido á Madrid desde Vinebre para referirle que sus parientes estaban tan pobres como los de las provincias inundadas, y no le recibió.





LA ÚLTIMA OBRA DE ARISTÓTELES, fragmento de un rollo de papiro, existente en el Museo Británico

A los treinta y tantos años contrajo Juan matrimonio con la hija de los duques de Siar. Ni él amaba á su mujer, ni se enteró siquiera de que era amado por ella.

No fué afortunado en su matrionio: cinco hijos tuvo y ninguno llegó á cumplir los doce años; murieron todos y murió su madre, y aun para Juan Duro fué el llanto dón desconocido.

Aún vivía la esposa del acaudalado banquero, cuando éste dió celebridad en Madrid á cierta muchacha preciosísima, cuyo origen nadie conocía, pero que causó muchas envidias por sus brillantes, sus lujosos trenes y el suntuoso hotel que por algunos años habitó.

Aquella muchacha era llamada por todo Madrid *la Remedios de Duro*.

Cierto verano, *la Remedios* deslumbró con su lujo á toda la sociedad que acude á San Sebastián y Biarritz.

Después desapareció, y ya nada volvió á saber de ella.

Muchos años después del fallecimiento de la Excelentísima marquesa de la Piedad, se supo que el marqués había reconocido como hijo suyo á un niño que tenía un gran parecido con *la Remedios*.

Pepito Duro, que así fué llamado el hijo del marqués, fué instalado en su palacio con un lujo verdaderamente regio: le señaló habitaciones aparte y puso á su servicio numerosos criados y varios coches. Dos ayas espléndidamente retribuídas cuidaban de él; sus caprichos, hasta los más extravagantes, eran leyes; un médico vivía con él y cuidaba constantemente de la preciosa salud del heredero del marqués de la Piedad.

El niño fué el tirano de aquel palacio.

Sus caprichos tuvo muchas veces que satisfacerlos aquel á quien todos creían su padre, pero á quien el niño llamaba abuelito, y que en efecto abuelo era y no padre.

Juan Duro se había separado de *la Remedios* cuando supo que iba á ser madre.

Por espacio de veinte años no había vuelto á acordarse de ella.

Un día recibió una carta en la que *Remedios* le participaba que había tenido una hija, y que esa hija había muerto al verse abandonada por un amante; pero antes de morir había dado á luz un niño, que era su nieto y nieto también del marqués. Este niño era Pepito Duro.

Cinco años tenía el niño cuando se vió atacado de una enfermedad que los médicos no supieron clasificar.

Juanito se moría como se apaga una luz. No le dolía nada, sólo algunos días padecía una ligerísima fiebre.

Poco á poco se extinguía y consumía la vida de aquel niño.

Cuantos remedios empleaban eran ineficaces. Llegó á tal extremo la debilidad del pobrecito, que ya no podía abandonar la cama.

El abuelo veíale todos los días dos ó tres veces, pero cada visita no duraba más allá de un cuarto de hora.

Una mañana entró el marqués á verle.

Los médicos le habían dicho que el niño moriría en breve.

– ¿Qué tienes, hijo mío?, preguntó el abuelo al nieto. ¿Qué te duele?

– Nada, abuelito, contestó el niño con voz tan débil que casi no se oía.

– ¿No te duele nada, hijo mío? Pues ¿por qué no estás alegre, por qué no ríes, por qué no corres y saltas como los demás niños? ¿Quieres juguetes? ¿Qué quieres? Pide y todo te lo daré.

– No quiero juguetes, no quiero nada, déjame.

Guardó el niño silencio durante muchas horas.

Su respiración se dibilitaba cada vez más.

Tomóle el médico por última vez el pulso, y dijo al marqués, que con los ojos le preguntaba:

– Se muere, ya no le quedan más que algunos minutos de vida.

– Pero ¿de qué se muere, doctor?, dijo el marqués.

– No lo sé, y dicho esto salió de la habitación, dejando solos en ella al enfermo y á su abuelo.

Transcurrieron algunos minutos más.

Reinaba un profundo silencio, en el cual se oía el silbidito de la respiración de Juanito.

De pronto encorporóse el niño en su camita, miró á su abuelo, que tenía grave y frío el rostro y secos los ojos, y dijo con una vocecita de ángel:

– Abuelito, ¿sabes por qué me muero? Porque nadie me quiere, nadie, ni tú, que eres mi abuelito.

– ¿Que no te quiero? ¡Con tóda el alma!, contestó el abuelo.

– ¡Con toda el alma!, repitió el niño con cierto tono de tristeza irónica. Con toda el alma, y ves que me muero y eres mi abuelito y ¡no lloras!

Dijo esto y apoyó su cabecita en la almohada.

– ¡Hijo, hijo mío!, gritó Juan Duro. ¡Sí, te quiero con el alma y lloro, lloro, lo que nunca hice, mira!...

Era verdad, dos lágrimas brotaban de los ojos de Juan, las primeras de su vida; pero aquellas lágrimas no llegó á verlas el nieto de *la Remedios de Duro*.

RICARDO REVENGA

## SEVILLA

### ¡PROCESIONES Y TOROS!

Las procesiones de Sevilla dejan en el corazón una huella indeleble: algo inmenso y majestuoso se nos figura que flota sobre nuestro ser, embargándole y saturándole de yo no sé qué hálitos serenos; las procesiones de Sevilla conmueven al andaluz y al sevillano sobre todo: es lo que le halaga y lo que le llena á la par de vanidades pecaminosas y de fe bendita. Late el corazón de entusiasmo, el pensamiento centellea; esos aparatos religiosos revelan el carácter de la Andalucía antigua, lo mismo que el carácter de la de ahora. Parado en una esquina ó puesto en un balcón, olvida uno los empellones, los apretamientos y hasta los puñetazos que recibe de algún impaciente que desea ponérsenos delante; olvida eso y todo lo que pueda haber en el mundo, si no tiene relación con lo que allí ve, lo que allí palpita, lo real y lo misterioso, lo plástico y lo intangible al mismo tiempo de la belleza y la majestad de las procesiones.

No tiene uno alma ni corazón ni cerebro, nada más que para lo que ataca tan directamente á sus sentidos; las risas y las lágrimas vienen en conjunto á retorcernos y emocionarnos; la risa, por el dicho agudo ó la salida de tono de cualquiera de los concurrentes; las lágrimas, por la fe que ve uno en los demás, llevándonos á la creencia de que no es el mundo tan perverso como los modernos sabios del corazón afirman, ni estamos tan metidos en la porquedad de la gran ciencia del naturalismo como tres ó cuatro aseguran.

Las cofradías sevillanas tienen su lado grotesco, no hay quien lo dude: mejor que mejor, porque esa grosería sirve de equilibrio en este caso, para que sea el jarrón de agua helada que en la coronilla nos echen: con su lado grotesco y todo, las procesiones de Sevilla mueven de emoción y de respeto, uncifican y hacen llorar. Nuestros padres, nuestros abuelos, los padres y los abuelos de nuestros abuelos, han ido como nosotros á ver las cofradías: las imágenes de hoy son aquéllas: un Santo ó una Virgen de los que vemos pasar nos recuerdan el cristiano sentimiento de otros días, y el ánimo se conmueve, se va á otros mundos, figúrasele ver la mano que hace mu-

chas generaciones ponía capullos odoríficos de rosas en el trono de la Virgen, cree ver los cirios que la alumbraban y hasta se le finge oir las saetas y las plegarias de las mujeres devotas.

El andaluz no recuerda nunca sin inquietudes vagas aquellas vestimentas negras ó de color que le asustaron de niño; hay algo para el niño de lúgubre y de tétrico en la figura del Nazareno. Los enormes agujeros de los ojos en el trapo de la careta, estremecen como la boca de un abismo que nos aterra y nos arrastra á su borde. Cuando el espíritu impresionable se va identificando con la solemnidad de la fiesta religiosa, y de tanto sentir su lado hermoso se pierden en nuestro cerebro las notas chocarreras que vibran á su alrededor, y sólo nos fijamos ya en la bella y grandiosa fastuosidad de aquel inmenso aparato religioso, entonces quedamos poseídos de impresión hondísima. No hay espíritu por despreocupado que sea que no se halle cogido un instante en esa red misteriosa del sentimiento con las ideas de otros días dichosos de la infancia. Serán otras las flores que el ambiente perfuman, serán otros los penitentes que caminan con grave lentitud, pero el cielo de Sevilla es el mismo, y aquellas hermosas imágenes de las andas son las mismas: con igual fijeza melancólica mira hoy el Cristo crucificado á la multitud que le reverencia cuando pasa; con igual terrible amargura las dolorosas y santas pupilas de la Reina de los Cielos fíjanse en el pecho traspasado del excelso hijo: la vemos como entonces;... pero ¡ay! ¡cuán distintas son nuestras ideas al verla pasar, de cuando la veíamos desde los hombros de nuestros padres, confundidos entre la multitud! Hoy es cuando se duele uno de aquellos encantos perdidos, de aquellas dulces ilusiones de la niñez, que murieron sin que podamos explicarnos cómo murieron ni por qué causa. Entonces contemplábamos al sayón y al penitente con respeto supersticioso, y los ojos ávidos fijábanse con curiosidad en aquellos rostros de las imágenes que nos parecían curtidos y feos, y así eran las impresiones de nuestro corazón; hoy las vemos pasar entristecidos, porque nos recuerdan el ayer; hoy las vemos pasar con la amargura en el corazón, aquella misma amargura de la Santa Virgen por el hijo muerto; sólo que la nuestra es la amargura mundana del escepticismo que nos corroe, y la amargura de la Virgen es la del eterno dolor por el hijo á quien ha despedazado un pueblo cruel. ¿Comprendéis las diferentes amarguras de la Santa Madre y nuestras? Viendo pasar las cofradías, no observaréis á un hombre que no esté conmovido. ¿Es por amor y por respeto? ¿Es por veneración á lo que ve? ¡Ah! Yo me figuro que dentro de su alma, en su conturbado espíritu que nada cree y que nada siente, reza una honda plegaria fúnebre, henchida de dolores por las grandes hermosuras muertas de su pasado de niño. Entonces solamente podemos comprender la eterna raíz que la inconmensurable hecatombe del Gólgota dejó á través de los siglos, sacando de la triste comparación nuestra pequeñez, nuestra corta vida, nuestra inutilidad, lo mísero, en fin, del polvo que nos sustenta.

Yo no sé qué sentimientos eran los de mi corazón después que hube visto aquellas grandes manifestaciones de fausto religioso: tenía en mi pecho así como un perfume de misticismo y amor puro de la gloria. ¿Habéis amado alguna vez á una mujer cristiana, pura, hermosa, con las seducciones además de una educación brillante? ¿Habéis concebido por ella una pasión digna de quien la ha inspirado? ¿La habéis visto partir, sin esperanza de volver á verla? ¿Habéis recorrido después los lugares en que otros días dichosos la visteis? ¿Se os ha llenado el alma de un éxtasis bendito, amargo y dulce á la vez, creyendo oir el ruidillo suave de su falda? ¿Se os figuró ver en el horizonte una silueta confusa, que surge y que se borra para surgir de nuevo? ¿Habéis creído encontrar una semejanza misteriosa con el eco de su voz en la última nota de la campana del templo, donde oisteis misa con ella?... Eso era lo que yo sentí, aunque parezca extraño y extravagante; eso era lo que yo sentí en mi corazón, recordando las cofradías, algunas horas después.

Y luego, junto á esas impresiones, enfrente, rodeándolas, otras que las atropellan, que las envuelven, que las hacen levantar de pronto para hundirlas con más precipitación. ¿En qué ciudad, en qué pueblo, en qué villa española hay Semana Santa sin toros, función religiosa sin que esté teñida de sangre de fiera? Ese mundo es gigante, ya lo sé, es monstruoso; pero es bello, es fantástico; levanta el espíritu aunque parece brutal, le posesiona de valentías y grandilocuencias, le entusiasma, le lleva al frenesí; y es que la ardiente sangre española, la sangre noble, la hidalga, la pura, la quijotesca, necesita de esas grandes ebulliciones, de esas terribles sacudidas, de esos contrastes de sol y tinieblas, para equilibrarse, para vivir y fortalecerse. ¡Ay del español que no sea cristiano! ¡Ay del español que no goce de ver embadurnada de sangre la arena del circo! ¡Los toros! Entre todo aquel esplendor y aquel bullicio de la plaza; entre aquel rugido de placer inmenso de la muchedumbre, que precede al rugido de la fiera al sentir el puyazo; entre aquel tono vigorosísimo y ardiente del sol que caldea los semblantes hasta parecer que se congestionan; de los millares de cabezas que se ven en las gradas, del rojo y el amarillo de los mantones, del gris y obscuro de los sombreros, de los abanicos que forman todos en todas las manos, sostenidos en la misma actitud, un toldo inmenso de menudos retazos de colores que rodea la grada sobre la misma frente de la multitud; entre aquel concertante monstruoso y bullanguero; entre aquel trueno prolongado de voces, de gritos, de risas, de aullidos de cólera; entre aquel vistoso concierto de trajes de seda y oro y plata de las cuadrillas, y en el brillo del estoque del matador, y en los encajes de la mantilla de la andaluza, esos encajes como ondas de un sombrío mar, lleno de tremendas negruras y dulces voluptuosidades á la vez, esos encajes por donde asoma el rayo potente de unos ojos magníficos, de unos ojos que amenazan tempestades horrendas y locos idilios de los amores de los cielos; en todo eso, poético y espiritual, gigante y avasallador, enérgico y puro, atrevido y loco, deslumbrador y magnífico, en todo eso y en la tierra que lo está sustentando y en el cielo que lo cobija y en el sol que lo alumbra y en el hálito que lo hace vivir y respirar; en todo eso parece que flota algo del perfume extraño y simbólico de las procesiones que acaban de pasar, recuérdase con un agrado indescriptible el incienso de las iglesias, el chisporrear de los cirios, la unción de los penitentes y un no sé qué de misticismo nos llena el alma, al mismo tiempo que retumba en los espacios el tremendo bramido de la res que cae súbitamente herida por el certero estoque.

M. MARTINEZ BARRIONUEVO



SS. MM. EL REY DON ALFONSO XIII Y LA REINA REGENTE DOÑA MARÍA CRISTINA
(De una fotografía de Fernando Debas, de Madrid.)

## LORD LYTTON

Lord Lytton, actual embajador de Su Majestad Británica cerca del Gobierno francés, nació en Londres el 8 de noviembre de 1831. Su padre fué el admirable novelista Bulwer-Lytton, verdadero hombre de genio, que no contento con ser el primero de su época, quiso figurar también entre los grandes hombres de Estado y los más notables oradores de que se enorgullece Inglaterra. La reina, que ciñó hace algunos años la frente del hijo con la corona condal, había otorgado sucesivamente al padre el título de baronet y el de Par del Reino; pero la nobleza de los Bulwer y de los Lytton tiene su tronco en los orígenes mismos de la historia de aquel país, y la orgullosa divisa que tan bien caracteriza á sus últimos descendientes, *Hoc virtutis opus*, ostentábala ya con gloria, bajo el reinado de Enrique IV, sir Robert de Lytton y Lytton, que casó con la encantadora hija del sherif Hotoft.

Después de terminar sus estudios, lord Lytton, que había heredado en gran parte la brillante imaginación, la elocuencia natural y el profundo sentimiento poético de su padre, dióse á conocer en el mundo literario, bajo el seudónimo de Owen Meredith, por la publicación de un tomo de poesías titulado *Clitemnestra y otros poemas*; pero su obra más importante, aquella en que parece haber encontrado todo el ardimiento, todas las aspiraciones de su juventud, fué *El vagabundo*. La aparición de estas poesías, notables por la pureza de forma y la admirable expresión, anunció á Inglaterra que contaba con un gran poeta más. No le privó esto de seguir la carrera diplomática, y es maravilloso ver cómo Lytton pudo atacar de frente estas dos quimeras, tan diferentes y tan difíciles de conciliar, la Poesía y la Política.

De La Haya pasó á Constantinopla como agregado á la embajada y de allí á Viena; durante un viaje que en aquel entonces hizo por los Pirineos, escribió el exquisito y apasionado poema titulado *Lucila*, que llegó á ser popular en Inglaterra. Tanta actividad merecía recompensa, y el joven agregado ascendió á secretario, distinguiéndose en los diez años siguientes por varios trabajos diplomáticos en Copenhague, Atenas y Lisboa, donde confeccionó el famoso tratado entre Inglaterra y Portugal. Era primer secretario de la embajada de Inglaterra en Francia en




**SUCESOS DE CHILE.**– *El presidente de la república de Chile, Excmo. Sr. D. José Manuel Balmaceda. – Barcos que forman la escuadra de los sublevados. (Composición y dibujo de D. Nicanor Vázquez, según fotografías remitidas por D. José Mariscal, gerente de «La Joya Literaria,» de Santiago de Chile.)*




LA DECAPITACIÓN DEL APÓSTOL SAN PABLO, cuadro celebrado de Enrique Simonet

1873, cuando heredó el título y la fortuna territorial de su padre; y desde aquella época, su afabilidad, su sencillez, su amena conversación y su sincero amor al arte aseguráronle la gran popularidad de que goza entre los franceses.

En enero de 1876, M. Disraeli le confirió el cargo de virrey de las Indias. Siete semanas después dirigíase á Egipto, y á poco prestó juramento como gobernador general del Indostán.

El 1.° de enero de 1877, lord Lytton presidió, en la vasta llanura que se extiende alrededor de Delhi, la espléndida ceremonia en que la reina de Inglaterra fué solemnemente proclamada emperatriz de las Indias, y poco después recibió la gran cruz de la Orden del Baño, como recompensa de los numerosos servicios prestados entonces. La energía de lord Lytton estuvo siempre á la altura de las circunstancias, y por eso un autor inglés contemporáneo pudo escribir: «Cuando más tarde se conozcan bien sus escritos, sus informes y documentos oficiales; cuando se aprecie la extensión y variedad de los asuntos que ha tratado y cuán elevadas eran sus miras y cuánto el valor y la perseverancia de que ha dado pruebas, entonces se sabrá verdaderamente quién era ese virrey de quien muchos han murmurado, y se le hará la justicia que merece.»

Cuando lord Beaconsfield se retiró á la vida privada, en abril de 1880, puso en manos de la reina la dimisión de su amigo lord Lytton, quien obtuvo en cambio el título de conde de Lytton y vizconde de Knebworth.

Su regreso á Inglaterra fué para él ocasión de emprender una nueva campaña literaria: en 1883 publicó los dos primeros volúmenes de una notable biografía de su padre y un largo poema titulado *Glenaveril ó las Metamorfosis*, del que se hizo últimamente en Francia una traducción que no podía dar idea del encanto sutil y profundo que se desprende del original; y por último, en su más reciente obra poética, *Después del Paraíso*, el escritor parece llegar á la mayor altura de su genio.

En 1.° de noviembre de 1887, lord Lytton fué nombrado embajador y ministro plenipotenciario cerca del Gobierno de la República francesa.

Desde aquel día, el Hotel del arrabal de Saint Honoré ha sido la casa más fastuosa y más cordialmente hospitalaria de todo París; los que tienen nombre conocido, y sobre todo los que luchan aún para alcanzarle en las letras, en las artes y en las ciencias, son siempre muy bien acogidos, con la mayor generosidad, por el dueño de la casa. Entre sus más brillantes triunfos literarios figura en primera línea el que le ha proporcionado la preciosa é interesante novela *El Anillo de Amasis*, que actualmente publicamos.

Vizconde R. Du Pontavice de Heussey

## NUESTROS GRABADOS

**El primer invierno de los puritanos en Nueva Inglaterra, cuadro de Mr. G. H. Boughton.** – «Había entrado el invierno, crudo y riguroso, y la tala de árboles, lo mismo que la fabricación de sus rústicas viviendas, se efectuaron en medio de continuos aguaceros y nevadas. Manifestáronse inmediatamente los gérmenes de mortal dolencia, pues, con las privaciones, la exposición á la intemperie y la necesidad de vadear agua medio helada desde la embarcación á la playa, los hombres fuertes y robustos se volvieron débiles como niños, y el delicado cuerpo de las mujeres cedía bajo la doble presión de la ansiedad mental y el abatimiento físico. Durante este invierno (1621) fueron agotándose gradualmente las fuerzas de los colonos y hubieron de labrarse siete veces más sepulturas para los muertos que moradas para los vivos.»

Así se expresa J. A. Spencer en su Historia de los Estados Unidos refiriéndose al primer invierno que pasaron en Nueva Inglaterra los puritanos, que huyendo de las persecuciones de Jacobo I y de los defensores de la iglesia anglicana, fueron en busca de un suelo virgen en donde poderse entregar con libertad entera á la práctica de sus creencias y culto religiosos.

El pintor inglés Mr. G. H. Boughton, inspirándose sin duda en esa descripción, ha sabido interpretarla á maravilla en un lienzo en que todo respira tristeza, desde el paisaje cubierto de nieve por entre la que asoman algunos pocos desnudos y raquíticos arbustos, hasta los escasos personajes que en él figuran y en cuyos rostros refléjase la melancolía profunda producida por el destierro á tan desiertas é inhospitalarias playas y por el recuerdo de la madre patria para siempre perdida.

**El príncipe Jerónimo Napoleón,** fallecido el 17 de marzo último. – El príncipe Jerónimo Napoleón, hijo de Jerónimo, hermano de Napoleón I, ex rey de Westfalia, y de la princesa Federica de Wurtemberg, nació en Trieste en 1822; educóse en Suiza y viajó por Alemania, Inglaterra y España, y aunque Francia estaba cerrada para él y para su familia, en 1845 la visitó con el nombre de conde de Montfort merced á una autorización especial de Guizot. Dos años después el gobierno de Luis Felipe autorizaba al destronado monarca y á su familia para volver á Francia. A raíz de la revolución de febrero de 1848 el príncipe Napoleón se adhirió abiertamente al nuevo régimen, y acentuó aún más su adhesión á la República en su manifiesto á los electores de Córcega, que le eligieron representante en la asamblea constituyente. En 1849 fué ministro plenipotenciario en Madrid, y en 1852, después del golpe de Estado, fué investido de todas las dignidades anejas á su próximo parentesco con el emperador, siendo nombrado príncipe francés, senador, consejero de Estado, gran cruz de la Legión de Honor y general de división.

Durante la guerra de Crimea mandó una división de infantería de reserva en las batallas de Alma y de Inkermann; en 1857 emprendió una larga excursión por los mares del Norte, y en 1859 se casó con la princesa Clotilde María Teresa de Saboya, hija de Víctor Manuel.

En tiempo del segundo imperio tuvo en el Palais Royal una verdadera corte, adonde acudían los más ilustres personajes de aquella época, Renan, Sainte-Beuve, Augier, About, de cuya compañía gustaba en extremo el príncipe, y con los cuales podía departir sin hacer mal papel, gracias á su claro talento y á la inteligente afición que profesaba á las letras y á las artes. Estas reuniones, en las cuales reinaba un espíritu anticlerical y democrático, llegaron á preocupar al mismo emperador, que no sin recelo veía el movimiento de ideas á que daba, por decirlo así, sanción oficial el patronato del príncipe Jerónimo.

Al estallar la guerra de 1870, el príncipe, que se hallaba viajando por Noruega, regresó precipitadamente á Francia lleno de ansiedad por la marcha de los acontecimientos que preveía había de ser fatal para su patria.

A la caída de Napoleón, el príncipe Jerónimo se ocupó activamente en política, siendo nombrado en 1871 consejero general en Córcega. Expulsado en 1872, obtuvo permiso para volver á Francia después del 24 de marzo de 1873. La tendencia democrática que daba á su propaganda le enajenó muy pronto las simpatías de los amigos del príncipe imperial, siendo de notar que el príncipe Jerónimo nada hacía para evitar una ruptura con éste. En las elecciones legislativas de 1876 presentó en Ayaccio su candidatura contra la de M. Rouher, y aun cuando fué derrotado por la oposición que le hicieron en nombre del príncipe imperial los jefes oficiales del partido imperialista, la anulación de la elección de su contrincante le permitió tomar asiento en la Cámara, tomando entonces parte muy activa en los debates de la ley sobre colación de grados, durante los cuales dijo, entre otras cosas: «Sembrad jesuítas y recogeréis sediciosos.»

Votó con la mayoría republicana contra el ministerio del 16 de mayo, siendo uno de los famosos 363; pero habiéndose presentado candidato en las elecciones siguientes, resultó derrotado por el barón Haussmann.

Entonces se consagró á la dirección de su partido: la inopinada y desastrosa muerte del príncipe imperial convirtió al príncipe Jerónimo, dentro de los principios estrictos de herencia, en jefe dinástico de la familia imperial; pero la inmensa mayoría de los bonapartistas, no pudiendo perdonarle su oposición á Napoleón III y su proceder de César popular y volteriano, le impusieron por jefe á su propio hijo Víctor, que era, por otra parte, el sucesor designado por el príncipe imperial en su testamento.

Desde entonces rompióse toda relación entre el padre y el hijo, estallando una verdadera guerra de familia, origen de serias disensiones en el seno del partido. El destierro común no había logrado reconciliarles.

Durante el último carnaval de Roma, la comparsa organizada por el príncipe Jerónimo con varios príncipes y nobles damas de la aristocracia romana llamó la atención pública. Algunas semanas después enfermó de la *influenza*, y cuando parecía convaleciente de esta enfermedad recrudeciéronse en él dos antiguas dolencias, la nefritis y la diabetes, que á poco se complicaron con una pulmonía, de la que sucumbió en la noche del 17 de marzo, después de haber recibido los consuelos de la religión que le prodigaron el cardenal Mermillod y el abate Puyol, amigos suyos á quienes tenía en grande estima, y de haberse reconciliado en sus últimos momentos con su hijo el príncipe Víctor.

**La última obra de Aristóteles, fragmento de un rollo de papiro existente en el Museo Británico.** – En el salón de manuscritos del Museo Británico puede verse actualmente una larga tira de amarillento y antiquísimo papel, escrito en griego en caracteres curiosos y elegantes, que ha conservado por espacio de mil ochocientos años una obra de Aristóteles y que ha sido descubierto en nuestros tiempos.

La escritura data probablemente del primer siglo de la era cristiana, quizás del tiempo mismo en que San Pablo escribía su epístola á los romanos, y en el blanco del margen vense todavía las cuentas de un intendente de alguna finca rústica, que aparecen consignadas con la fecha del último año del reinado de Vespasiano, es decir, el año 79, dato precioso para precisar la remota edad del documento.

Escondido, no se sabe cuándo, en una catacumba y allí recientemente encontrado, este manuscrito que contiene el texto de una Constitución ateniense escrita por Aristóteles, arrojará, sea ó no de puño y letra del filósofo, mucha luz sobre la historia de Atenas.

La edición que del mismo se está publicando bajo los auspicios del administrador del Museo Británico suscitará sin duda alguna animadas discusiones acerca de su autenticidad como obra de Aristóteles; de lo que no puede dudarse es de su remota antigüedad, pues para convencerse de ella basta examinar el rollo de papiro en que el documento está escrito y de un fragmento del cual reproduce una copia nuestro grabado.

**SS. MM. el rey Don Alfonso XIII y la reina regente Doña María Cristina.** (De fotografía de Fernando Debas, en Madrid.) – Este es el último retrato que se ha hecho del monarca español y de su augusta madre: el grupo que forman las dos figuras resulta en extremo simpático é interesante, porque interés y simpatía despiertan siempre un niño que no pudo conocer el cariño de su padre y á quien está confiada la noble cuanto difícil misión de regir los destinos del pueblo español, y una madre amantísima y modelo de virtudes que sabe educar á su hijo para los altos fines que un día ha de realizar y conservarle el trono que de sus mayores heredara y el cariño del pueblo, que es la base más sólida de todos los poderes de la tierra.

**El presidente de la República de Chile, Excelentísimo Sr. D. José Manuel Balmaceda. – Barcos que forman la escuadra de los sublevados.** (Composición y dibujo de D. Nicanor Vázquez, según fotografías remitidas por don José Mariscal, de Santiago de Chile.) – El actual presidente de la república chilena nació en Santiago en 1838; en 1864 fué á Lima en calidad de secretario particular de don Manuel Montt, encargado de la representación de Chile en el Congreso Americano, y allí escribió una memoria sobre el estado de la marina y del ejército. Desde 1865, en que regresó á Chile, hasta 1868 vivió consagrado á las tareas agrícolas, dándose á conocer en la vida política activa con algunos discursos patrióticos pronunciados en el Club de la Reforma. En 1870 fué elegido diputado por el departamento de Carelmapu, conservando esta representación hasta 1885. Su labor parlamentaria fué muy activa en 1873, 1874 y 1875, siéndole ofrecida á fines de este último año la cartera de Hacienda, que no quiso aceptar. En 1878, después de haber tomado mucha parte en el movimiento político de aquel año y del anterior, fué enviado al Plata como Ministro plenipotenciario para arreglar la cuestión de límites pendiente desde hacía largos años, habiendo terminado su misión al año siguiente. En 1881 el presidente Santa María le nombró Ministro de Relaciones Exteriores, y á los siete meses Ministro del Interior, cargo que desempeñó hasta 1885. En 15 de junio de 1886 fué elevado á la magistratura suprema de la república, puesto desde el cual ha contribuído al fomento de los intereses morales y materiales de su nación.

Por causas que no hemos de analizar estalló en 7 de enero último una insurrección contra el presidente Balmaceda, insurrección apoyada principalmente por la escuadra, cuyos buques reproduce nuestro grabado.

Las contradictorias noticias que del teatro de la guerra se reciben no permiten prever cuál será el término de la lucha. Es de esperar, sin embargo, que pronto se restablecerá la paz en aquella floreciente república, y que á la agitación de hoy sucederá en breve la tranquilidad que tanta prosperidad ha dado á la nación chilena.

**La decapitación del apóstol San Pablo, cuadro de Enrique Simonet.** – El apóstol San Pablo es una de las personalidades históricas más salientes en los anales del Cristianismo.

Después de haberse distinguido como fariseo por su fanatismo cuando la lapidación de San Esteban y por las crueles persecuciones que hizo sufrir á los cristianos, una visión que tuvo en el camino de Damasco convirtióle de tal suerte que el verdugo y perseguidor Saulo, que así se llamaba, fué desde entonces el celoso y enérgico Pablo, propagador de las doctrinas de Cristo, siendo de los que más conversiones lograron con su elocuente palabra y sus persuasivos escritos.

Llamado á Roma por Nerón, después de algunos años de cárcel y viendo lo inquebrantable de su fe, el emperador condenóle á muerte, que sufrió el año 66, el mismo día en que pereció crucificado el apóstol San Pedro. Por su calidad de ciudadano romano, San Pablo fué decapitado, muerte en aquel entonces menos afrentosa que la que sufrían los demás mártires cristianos. La tradición cuenta que en el momento de la ejecución ocurrió un verdadero milagro: la cabeza del Santo, separada del tronco, quedó al caer al suelo envuelta en un nimbo de gloriosa luz, y aquellos ojos del gran convertidor, cuya mirada no olvidaban nunca los que una vez se fijaran en ella, se clavaron con expresión de terrible censura sobre los senadores romanos que presenciaban el acto.

En esta escena ha inspirado Simonet su hermoso cuadro, composición grandiosa y difícil, así por el gran número de figuras que entran en ella como por la diversidad de sentimientos que hubo de expresar el artista, de terror en unos, de indiferencia en otros, de piedad en los menos, de admiración en casi todos, y que acusa un pintor de gran empuje y de vigorosa potencia artística que sabe escoger bien los asuntos para sus tendencias elevadas y tratarlos con toda la maestría que se necesita para conseguir la impresión que en el ánimo causa *La decapitación del apóstol San Pablo*

**Miss Elliott, mujer con barba.** – En el *Panopticum* de Berlín se enseña actualmente una joven que ostenta el insólito adorno de una magnífica barba cerrada. Llámase Miss Elliot, pero se la conoce también con el apodo de Lady Esaú, y nació en América.

Miss Elliot es de aspecto elegante y tiene una arrogante figura: sus manos, brazos y cuello son completamente blancos y su hermosa cabellera, de color castaño, es abundantísima y tan larga que le llega hasta los talones; pero el adorno más curioso de esta *beldad* es, como hemos dicho, la barba cerrada que alcanza hasta el pecho y que muchos hombres podrían envidiarle.

Lady Esaú cuenta actualmente veinticinco años: á los cuatro empezaron á manifestarse en el rostro de la niña los primeros indicios de bigote.

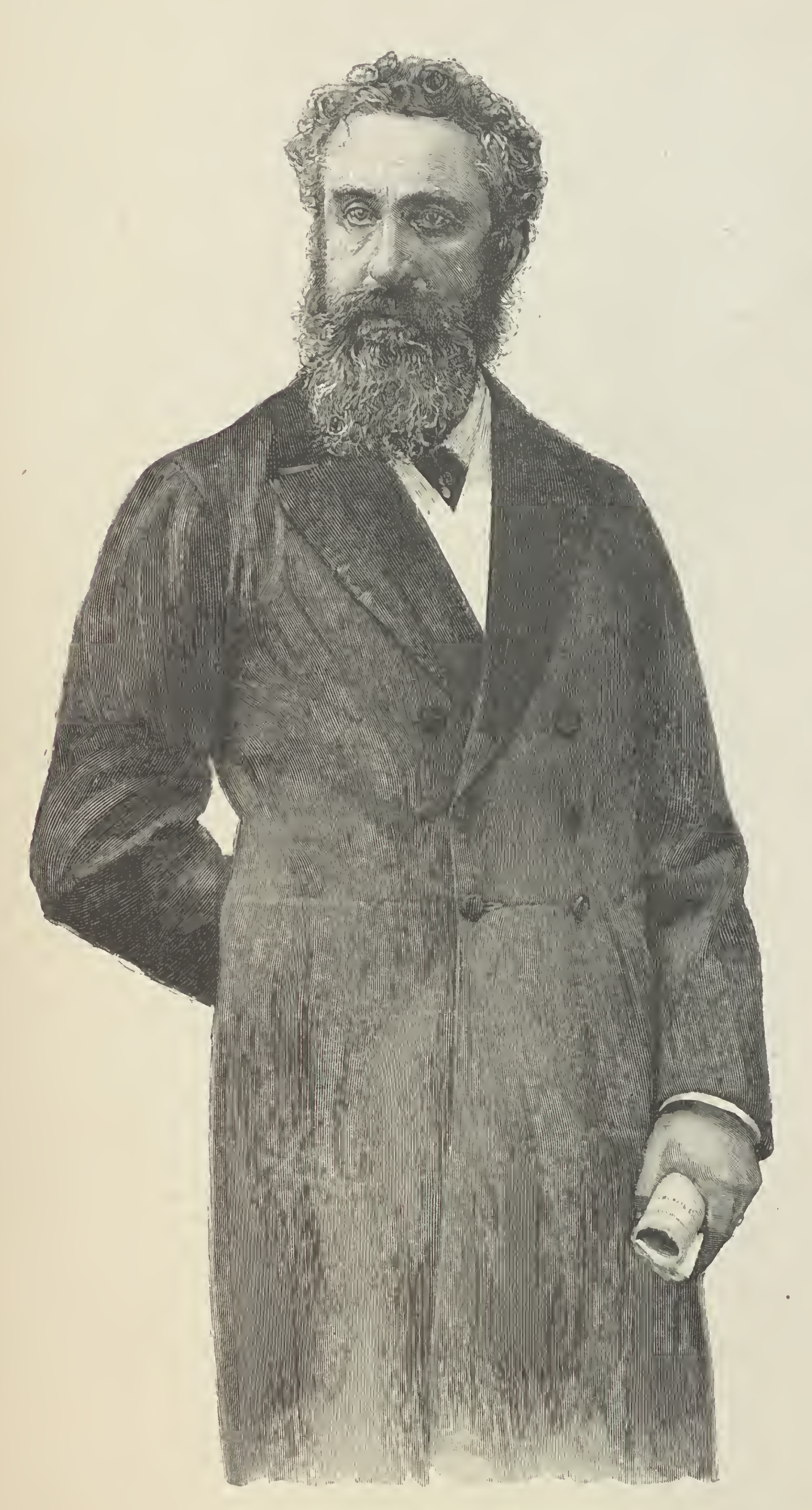
Probablemente se trata de un caso de hermafroditismo parecido al que describió Debierre en 1886 en los *Archives de l'anthropologie criminale et des sciences pénales*. María Magdalena Lefert, que es el caso por este autor descrito y cuyo sexo femenino quedó confirmado por la autopsia, tenía también barba cerrada que le llegaba hasta el ombligo.

El número de mujeres que lucen sus barbas en los barracones de las grandes ciudades y de las ferias es considerable, pero lo que distingue á Miss Elliot de todos los demás fenómenos de su género es que su aspecto, sin ser bello por supuesto, no presenta, como puede verse por nuestro grabado, el carácter repulsivo que todas las demás ofrecen, antes bien se hace relativamente simpático, lo que le ha valido el calificativo de la *hermosa barbuda*.

# EL ANILLO DE AMASIS

NOVELA ORIGINAL DE LORD LYTTON, ILUSTRADA POR A. BESNARD

(CONTINUACIÓN)



Lord Lytton, autor de la interesante novela «El anillo de Amasis»

»¡Sin embargo, el hombre se cree grande, porque en él se verifica alguna cosa que lo es! Un cuadrante solar que medía la marcha del tiempo hora por hora, imaginábase ser el Tiempo, soñando que el movimiento de su pequeña sombra llevaba en sí la gran promesa de la Eternidad... Pero una ligera nube pasó por el sol, y el cuadrante, despertando de su sueño del tiempo y de la eternidad, cayó otra vez en la nada. Y así como ese cuadrante no puede dominar al sol, tampoco le es posible al hombre someter la voluntad de la naturaleza. No es sino el dedo indicador; si osa creerse más, luego viene el desengaño...

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

»No podemos ordenar á ninguna fuerza que esté en nosotros, ó en otra parte, «que sea de un modo ó de otro, que venga aquí ó vaya allá.» El más ardiente esfuerzo de un alma movida por el más imperioso deseo, no conseguirá hacer brotar de otra la chispa que ilumina, calienta y abrasa: ¡el Amor!

¡Máquina ó caos! Tales son las condiciones de nuestro ser. ¿Somos nosotros libres en nuestra elección?»

JULIETA Á TERESA

«21 *julio* 1814.

»No creas necesario gritarme «¡alerta!» querida Teresa, si hablo demasiado de ellos en mis cartas; hacerlo del uno y no del otro, tal vez fuera peligroso; y juntos, nada pueden contra mi felicidad. Vivo en paz porque sé conservarme en mi lugar, y mi vida es el complemento necesario de la de ellos. Nosotros tres no formamos más que uno; dos, sin el otro, seríamos un cuerpo mutilado, y á decir verdad, creo que ninguno de los tres podría existir solo.

»Para Félix y para mí la dicha es una condición natural más bien que la consecuencia de nuestra conducta, y obramos más por tendencia que por intención. El carácter de Conrado es el que indica á los nuestros la medida y el método; es el principal resorte del reloj familiar; él es quien regula los movimientos de todo el círculo; y si alguno de nosotros pudiera existir solo, tal vez fuera él, porque su carácter es el más independiente y completo. Contiene en sí, y hasta un grado que jamás observé en ningún otro, la justicia, el buen criterio, la sagacidad, el orden, la armonía y el sentimiento del deber. ¡Ay de mí, cuán difícil es para Félix la práctica de estas dos últimas virtudes! Si el deber opone una barrera á sus aficiones, de cada diez veces nueve se conducirá como un héroe; mas por desgracia, en la décima, algún vivo impulso le priva de su juicio, y todos sus esfuerzos anteriores quedan reducidos á la nada. Entonces, tal es su expresión desesperada, tan singularmente triste, implora su perdón con tal humildad y parece tan arrepentido, que á la verdad sería inhumano conservarle rencor alguno.»

EXTRACTOS DEL DIARIO DE CONRADO DE ROSENECK

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

.... «De todos los misterios, es el más misterioso; de todos los enigmas, el más inexplicable. Ante su vehemencia sin freno no hay previsión posible; todo juicio se trastorna, todo cálculo se destruye. En su presencia, cualquiera otra presencia queda eclipsada, y su poder paraliza todos los demás. Sin embargo, es en sí demasiado sutil para que se le posea é impotente para poseer.

»¡Agradecimiento, aprecio, amistad, confianza, admiración! Podemos remontarnos hasta vuestros orígenes y poneros en movimiento por un esfuerzo de la voluntad; pero las palancas del amor están profundamente ocultas, lejos de toda fuerza visual, fuera del alcance de la mano que se alarga para descubrirlas. Y no obstante, tan sólo su posesión hace apetecible la vida. . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

»¡Así sea! Allí donde la razón se llama sinrazón y el buen sentido locura, donde todo es fatalidad, frenesí, ¿por qué he de tener escrúpulos en aliar la pasión con la superstición y la debilidad con la debilidad? Quiero jugar sobre esa sortija extraviada todo cuanto mi existencia puede perder ó adquirir aún. Si la encuentro (y es *preciso*), ¡sea ella el primer eslabón de la indisoluble cadena que debe *enlazarla*. ¡Sí, aunque esa cadena se debiese forjar en el infierno!

»¡Ya no puedo más!.. »

## VII

### LA SORTIJA

JULIETA Á TERESA

*(Sin fecha.)*

«¡Adiós, novio desconocido!

»La superstición, querida Teresa, viene en auxili de tus consejos; mi suerte está fijada ya, y seguir soltera, porque he perdido mi anillo de desposada

»Jugábamos al volante en el patio nuevo cerca d la calle de árboles, y temía tanto perder la sorti que Conrado me dió, ó dejarla caer, que la reti del dedo y guardéla en la punta del pañuelo, col cando éste sobre el pedestal de la gran esfinge q Conrado había puesto en la extremidad de la avenid

»Después hicimos una excursión por el río en nue tro bote, y regresamos al castillo á través del bosqu iluminado por la luna. Había olvidado completame te la sortija; pero más tarde, ya de noche, cuan estábamos reunidos todos en el salón, observé q

no la tenía en el dedo, y subí presurosa á buscar el pañuelo en que la guardé. Encontré el pañuelo en mi mesa tocador, donde le había dejado cuando iba á ponerme el chal, pero la sortija no, y el nudo estaba deshecho; sacudí el pañuelo cuidadosamente, y de él salió una pequeña mariposa revoloteando; el pobre insecto parecía estar poseído de espanto, y acabó por precipitarse sobre la bujía; de modo que la llama quemó sus bonitas alas aterciopeladas. Estoy convencida de que esa mariposa es mi futuro desconocido; la sortija mágica que desapareció de mi pañuelo y no se ha encontrado después, debió transformarse en ese diminuto enamorado, que bajo la forma de una mariposa ha tenido un fin tan prematuro. Como quiera que sea, prefiero creerme viuda de ese lindo insecto, que no aceptar ninguna de las prosaicas conjeturas del resto de la familia, la cual se empeña en buscar la sortija en todos los sitios donde tu descuidada amiga dejó la huella de su paso.

»¡Descuidada! ¡Ay de mí! Bien merezco este calificativo, y ahora me dirijo severas imprecaciones, no por el extravío de la sortija, lo cual es una desgracia y no una falta, sino porque me permití chancearme sobre su pérdida. El hecho es que me causaba enojo y pesar ver á todo el mundo ocupado en buscar la alhaja. Y sin pensar más que en lo ridículo de aquella situación de que yo era causa, exclamé: «Os ruego que no os molestéis tanto por ese anillo, pues sería inútil buscarle. ¿Ignoráis que tiene un encanto, y que está destinado á unir mi mano con la del hombre que me lo presente algún día? Podéis estar seguros de que no lo hallará sino la persona predestinada, á la cual debo pertenecer toda mi vida, porque así lo ha decretado la suerte.» Apenas pronuncié estas necias palabras, observé con vivo pesar la expresión que animó el rostro de Conrado; nada dijo, pero reconocí que le había resentido mucho ver que me consolaba tan fácilmente de haber perdido el regalo que me hizo, acompañándole con las más afectuosas expresiones de solicitud fraternal sobre mi porvenir.

»Este porvenir se ha fijado ya, completamente á mi satisfacción. Moriré soltera, porque la sortija fatal se ha desvanecido.»

EXTRACTOS DEL DIARIO DE CONRADO DE ROSENECK.

«¡Perdida, perdida para siempre, y todo ha sido en vano!

»¿Con qué fin, como no sea por ironía y burla, habrá recibido el hombre los dones fatales de la inteligencia y del entendimiento? ¿De qué le sirven la imaginación sin límites, el corazón ardiente, las ideas inflexibles, viajeros en lo infinito, ni la sutileza de los sentidos, cuando con todas estas fuerzas reunidas no puede dirigir la menor de esas casualidades vulgares y ciegas que juegan con el destino del hombre? En la plenitud de sus perfecciones, este milagro de la naturaleza se halla á merced del menor incidente.

»¡Irrisión, irrisión!

»En la hora helada en que el sol saliente me iluminó con sus pálidos rayos, mostrándome así el trabajo de largas y sombrías noches, la vista y el olor de esa tierra removida á mis pies produjome una impresión de disgusto, y temblé al pensar en lo que de mí había hecho aquella sola noche: ¡era el espectro de mí mismo, inclinado sobre la tumba de mi esperanza perdida!

»¡Sí, en adelante, sin nombre, sin consagración, fin de todo, excepto de mis locos pensamientos, esos llorones malditos, para los cuales no hay compasión, me visitarán vergonzosamente en secreto! ¡Yo seré el sepulcro viviente de todo cuanto era mi vida, pues toda mi existencia se cifraba en esa esperanza, muerta para siempre, muerta hasta para todo cuanto se oculta más allá de la tumba, sea lo que fuere!

»¡Ayer, hoy, esta mañana, hace una hora (y me parece que han transcurrido siglos desde entonces), la esperanza vivía aún! Pero cuando él... ¡Dioses, oh dioses!... ¿Por qué ha de estar *él* en cada vuelta de ese laberinto de miseria que me enloquece?... ¡Sí, *él*, otra vez *él*, y siempre *él*!... ¡Y eso que no ha movido una mano ni adelantando un pie!... ¡Oh justo cielo!... Cuando el mal genio de esa mujer y el mío dejaron caer en la mano de Félix, en esa mano perezosa y sin fuerza, el anillo que me había arrebatado, entonces la visión de la muerte hirió mi vista y resolví...

»¡Muerto!... ¡La esperanza y la fe murieron ya, y este inmenso mundo no es más que un vasto osario!... ¿De qué sirve en lo futuro el trabajo y la lucha?

»¡En todas partes noche y tinieblas, lo mismo dentro que fuera!... ¡La noche eterna, aquí y más allá, así en mis ojos como en mi alma!...

»¡Y en medio de esa obscuridad, un solo resplandor, el brillo siniestro de la amatista maldita!... ¡Viene y se va, pasa, gira en torno mío, me rodea con un círculo de fuego, y *ellos* le siguen, cual torbellinos agitados, á quienes guía su horrible fulgor!... ¡Veo sus rostros burlones á través de la obscuridad, y parece que con sus uñas me desgarran el corazón!...

»¡Ah, Félix, Félix! ¿Por qué has de ser tú, entre todos los que habitan esta maldita y mísera tierra?... ¡Tú solo, y siempre tú!»

JULIETA Á TERESA

*(Sin fecha.)*

«¡Ah querida Teresa, dulce amiga mía, más querida que una hermana! ¿Cómo referirte cuanto ha pasado?

»Todo me parece tan extraño y maravilloso y mi dicha es tan indeciblemente grande, que no sé cómo empezar. Sin embargo, no tiembla mi mano al escribirte estas líneas, ni mi corazón late más apresuradamente que otras veces. Mi alma está como iluminada por una luz interior, mis pensamientos son tranquilos y esta calma y serenidad son para mí la prueba irrecusable de lo real de mi dicha.

»¡Sí, ahora creo más que nunca en la influencia mágica de mi sortija!... Pero vas á juzgar por ti misma, puesto que es preciso referírtelo todo. Has de tener, no obstante, un poco de paciencia, porque la historia será larga.

»Para comenzar por el principio, te diré que al día siguiente de perder el anillo nos despertaron el toque de la bocina y el ladrido de los perros, que estaban en el patio cuadrado. Nuestros vecinos, deseosos de correr un ciervo, nos sorprendían á tan temprana hora. Mamá estuvo muy pronto en pie y nos vestimos apresuradamente para recibir las visitas; pero Félix y Conrado se adelantaron á nosotros, y al bajar encontramos á todos reunidos en la sala de las armaduras, donde se había encendido un gran fuego porque la mañana era fría.

»Félix estaba completamente absorto en los preparativos de la cacería. Su picador le presentaba en aquel momento su bocina y su cuchillo de caza; al volverse para tomar estos objetos, vióme de pie junto á la chimenea y ofrecióme la mano. Uno de los visitantes al observar esto exclamó: «¡Mirad todos, ved cómo se reproduce á lo vivo ese cuadro!» Y al mismo tiempo señalaba uno muy antiguo, suspendido sobre la chimenea, que representaba una cacería. Fijamos al punto la vista en él y nos chocó la semejanza que Félix y yo ofrecíamos en el asunto. Ya recordarás que en ese cuadro se figura un cazador de tamaño natural, recibiendo su cinturón y su bocina de manos de una dama, con toda esa exquisita galantería que era característica en nuestros antepasados. Con algunas ligeras modificaciones en mi traje, hubiera podido pasar por la castellana, y Félix parecía realmente el cazador, excepto en lo de la galantería exquisita (¿necesito decírtelo?)

–»¡Vamos, dijo alguno, completad el cuadro; Félix, dobla la rodilla y déjate armar!

–»¡Oh!, exclamé, si Félix se arrodilla ante mí se levantará con una rodilla blanca y la otra negra.

»En efecto, una corriente de aire, penetrando por la puerta entornada, había barrido del hogar parte de la ceniza, esparciéndola entre Félix y yo.

–»Es demasiado elegante para hacer tal cosa, añadí, mostrando la ceniza.

–»En efecto, contestó Félix; pero querida prima, la elegancia y la galantería se pueden conciliar, como vas á verlo.

Y cogiendo su pañuelo, colocóle en el suelo delante de mí y después dobló precipitadamente la rodilla sobre aquel cojinete improvisado; mas apenas lo hubo hecho, dejó escapar un ligero grito, cual si alguna cosa le hubiese hecho daño, y como vacilara al levantarse y estuviese á punto de perder el equilibrio, agarróse á la mesa que tenía á su lado. En un instante, esta última, con las botellas, los vasos y los platos que contenía, cayeron en tierra produciendo ruidoso estrépito; mientras que Félix, habiendo caído también, infirióse una profunda herida en la mano con los restos de un vaso. Conrado se apresuró á levantarle; parecía estar aturdido con su caída y tenía la ropa cubierta de sangre; su hermano examinó las cortaduras; retiró los pedazos de cristal y vendó la mano herida con su pañuelo; pero la inflamación y el dolor la inutilizaron por el pronto.

»Muy á pesar suyo, Félix se vió obligado á ceder á nuestras súplicas y á quedarse en casa, dejando á Conrado la dirección de la cacería.

»Por último, marcharon todos y volvió á reinar la tranquilidad en la casa. Más desfallecido de lo que él quería confesar, á causa del dolor y de la pérdida de sangre, Félix se había dormido en el sofá, pero su sueño era inquieto y febril y apoyaba la cabeza en mi hombro.

»No podía moverme sin despertarle, y por lo tanto permanecí sentada é inmóvil. Mientras que mamá preparaba vendajes para la mano herida, hablábamos en voz baja, y preguntóme por qué se había removido por la mañana la tierra y el césped que la cubría alrededor de la esfinge grande. Yo no sabía nada, pero supuse que podría haber alguna relación entre este hecho y la pérdida de mi sortija, que precisamente dejé en aquel sitio.

–»Tal vez mi prometido, dije yo sonriendo, habrá socavado la tierra esta noche pasada.

»Al pronunciar yo estas palabras, Félix se despertó.

–»¿Prometido?... ¿Quién es prometido?, preguntó con el tono brusco y seco del hombre que es presa de la fiebre.

–»Nadie, contesté.

»Mamá salió de la habitación para buscar algún bálsamo, y entonces referí á Félix aquella necia historia, mezclando con ella todas las locuras imaginables: díjele cómo Conrado me había dado la sortija, su destino y de qué modo éste no se debía realizar nunca.

»Félix me miraba entretanto con aire distraído y al parecer turbado.

–»¡Prometida!, murmuró cual si hablara consigo mismo. ¿Es posible que algún día llegues á ser novia, Julieta?... ¿Y de quién, de quién?...

»Traté de sonreir, mas no pude. Félix seguía mirándome de una manera extraña, cual si me viese por primera vez en su vida.

–»Y si tú *fueras* prometida, dijo después de una pausa, ¿dejarías entonces de ser mi hermana, Julieta?

–»¡No, no! Siempre seré tu hermana, mi querido y buen Félix.

»Al decir esto puse mi mano en la suya, pero no la tomó, y limitóse á mover la cabeza tristemente, murmurando:

–»¡Entonces todo habría concluído entre nosotros!

»Después quedó sumido en profunda meditación, y la expresión de su rostro era tan grave, que yo también comencé á estar seria y me entristecí tanto, que le rogué que no me hablara más de aquel modo, porque me causaba pena. De improviso levantóse, me miró fijamente, con la misma expresión extraña de antes.

–»¿De qué se trataba?, exclamó. ¡Ah! Ya me acuerdo. ¿No decías ayer, Julieta, que te unirías con el hombre que encontrase la sorija encantada?

–»¡Pues bien: sí, eso he dicho!...

»Aquí me faltó la voz; no podía continuar; pero tenía intención de añadir que no daba importancia á mis palabras.

»Félix se tranquilizó al parecer y quedó pensativo; pero noté algo de lúgubre en su fisonomía, y su silencio era para mí sumamente penoso. Para cambiar el giro de nuestros pensamientos, preguntéle cuál había sido la causa de de su caída, y cómo pudo tropezar teniendo una rodilla en tierra.

–»A propósito, repuso, despertando al fin de su meditación y frotándose la rodilla; ahora recuerdo que alguna cosa dura me hizo daño aquí; sin duda había un clavo en el suelo; sentí cómo penetraba en mis carnes, y el escozor que esto me produjo persiste aún.

–»Tu herida, repliqué muy satisfecha de haber hallado otro asunto de conversación, nos ha hecho olvidar la primera causa. Ven conmigo y buscaremos juntos; y cuando hayamos encontrado el objeto fatal, le arrojaremos, sea lo que fuere, al pozo más profundo de la casa.

»Así diciendo, cogí su mano izquierda, y dejóse conducir por mí á la sala de armas, donde todo estaba aún lo mismo que lo dejamos. Los criados, que tenían ocupación en otra parte, no habían arreglado la habitación; las cenizas estaban todavía diseminadas, y el pañuelo en el mismo sitio, delante de la chimenea. Mientras que Félix se inclinaba para recogerle, yo miré entre los restos de vasos rotos para ver si había caído algo en el sitio donde se arrodilló.

–»¡No busques!, gritó Félix, sosteniendo el pañuelo entre el índice y el pulgar; ya tengo el objeto, y observo que es alguna cosa dura.

»Le ayudé á desatar un nudo del pañuelo, é imagínate cuál sería mi sorpresa cuando le vi sacar de allí... ¡la sortija! En el momento no dije nada, pues enmudecí de asombro.

»Los dos nos miramos en silencio, y solamente Dios sabía lo que pasaba en nuestros corazones en aquel instante.» . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

La página siguiente de esta carta falta; sin duda se había perdido ó fué rasgada. El resto, que reproduzco, comienza en la mitad de una frase.

.....«con los brazos enlazados, como si hubiera sido siempre así.

»Comenzamos entonces á preguntarnos cómo sería que la sortija se hallaba en el pañuelo; habíamos vuelto á la calle de árboles y estábamos al pie de la esfinge. Félix recordó que él también había puesto su pañuelo sobre el pedestal, é indudablemente tomó después el mío por el suyo.

»El sol comenzaba á descender y lo avanzado de la hora nos advertía el próximo regreso de los cazadores. Papá, muy contento, quiso anunciar nuestra boda á la hora de comer; pero mamá se opuso con una firmeza y una decisión de que apenas la hubiera creído capaz, y dijo que no sería conveniente tomar una determinación antes de consultar con el que iba á ser algún día el jefe de la familia.

»Había algo de inusitado en el tono con que mi madre acentuó sus palabras, y confieso que no pensé en Conrado sin cierta confusión. Por primera vez en la vida me intimidó la idea de encontrarle.

»Atravesábamos en aquel momento el lindero del bosque para volver á casa, cuando me pareció oir en un tallar débiles gemidos.

—»¡Escucha!, dije á Félix. También él creyó oir un leve rumor entre los matorrales, y buscó, mas sin encontrar nada. Sin embargo, estaba segura de que no era una ilusión mía, y no sé cómo en aquel momento recordé las objeciones de mi madre cuando se opuso al anuncio oficial de mi enlace. Evidentemente fueron dictadas por alguna duda sobre el efecto que en Conrado produciría aquella noticia inesperada, y esta idea bastó para que me asaltaran vagos temores. Se los confié á Félix, y no hizo más que reirse, declarando que á nadie complacería tanto la noticia como á su querido y viejo Conrado. Después continuó la conversación sobre el mismo asunto, mostrándose tan sinceramente convencido y alegre, que acabé por participar de su confianza.

»Una vez en el castillo, nos separamos algunos instantes á fin de hacer los preparativos para recibir á nuestros huéspedes. Apenas había terminado mi tocador, los cazadores llegaron; toda la casa estaba en movimiento; todos los criados corrían de una habitación á otra, y á lo largo del corredor oíase de continuo el ruido de puertas que se abrían y cerraban.

»Bajé al salón lo más pronto posible: mi padre y Félix entraban por puertas distintas, muy agitados los dos al parecer; Conrado no había vuelto con los otros, y al preguntar á la servidumbre, contestó que nada sabían de él.

»Por último, volvieron otros cazadores y anunciaron que Conrado quiso separarse de ellos, una vez muerto el ciervo, diciéndoles que tenía algo que hacer en los alrededores y que ya le encontrarían en el castillo cuando ellos volviesen. Mi padre recordó entonces algunas palabras de su hijo sobre la conveniencia de inspeccionar en aquella ocasión los trabajos de los agrimensores, comenzados al otro lado del bosque y cuyos planos se debían entregar al día siguiente. «Conrado piensa verdaderamente en todo,» dijimos nosotros; y tranquilos sobre este punto, nos fuimos á cenar. Muy pronto no se oyó más que el choque de los vasos; los cazadores devoraban la carne de su ciervo con la voracidad de ogros; pero entre tanto, yo no podía menos de observar las miradas de ansiedad que mi madre dirigía hacia la puerta y la ventana. En aquel momento la obscuridad era completa fuera del castillo, y noté que la preocupación de mamá era cada vez mayor. Ciertamente, yo también comenzaba á experimentar cierta inquietud, pero esforzábame para disimularlo. El ayuda de cámara de mi padre entró de pronto y murmuró algunas palabras á su oído; mi padre hizo un brusco movimiento como para levantarse, y como mi madre insistiese en saber de lo que se trataba, contestó á la pregunta enviando á buscar al lacayo de Conrado. El hombre entró, espantado al parecer y confuso, y dijo que el caballo de Conrado había vuelto solo á la cuadra, con la brida rota y cubierto de espuma. Llegué á tiempo para recibir en los brazos á mi madre, que se adelantaba hacia mí vacilando y se desmayó al fin. Todos los hombres, ensillando apresuradamente sus caballos, partieron tan rápidamente como les fué posible para buscar á Conrado, y en su apresuramiento, Félix se olvidó hasta de coger el sombrero.

»En un instante la casa quedó vacía y silenciosa; no se percibía sonido alguno, como no fuera, á intervalos, las quejas de mi madre y el paso inquieto de mi padre, que paseaba de un lado á otro del comedor. Cada jinete había llevado una hacha de viento, porque la noche era excepcionalmente obscura.

»Yo estaba junto á la gran ventana y había apoyado la frente en un cristal, en un estado de ánimo que no intentaré describir. La escena era extraña en el exterior: á medida que los jinetes pasaban, iluminados por el resplandor de sus antorchas, sus grandes sombras huían galopando sobre la alta pared blanca del patio cuadrado; el rumor producido por los cascos de los caballos y los gritos confusos de los hombres alejóse muy pronto; mas aún pude distinguir largo tiempo el brillo vacilante de las hachas á lo largo del bosque. Aparecían y desaparecían entre los árboles, asemejándose á estrellas errantes; poco á poco separáronse y se dispersaron en diversas direcciones y después las perdí de vista en la obscuridad. ¡Qué noche tan terrible, querida Teresa!

»Los cazadores llegaron uno tras otro, sin traer ninguna buena noticia. ¡Esto era un martirio! Lo único que pudimos saber fué que Conrado no había ido al lugar indicado por él y temimos que hubiera sido víctima de algún accidente antes de llegar á aquel sitio.

»Por momentos apoderábase de mí un sueño invencible, acompañado de vértigos, que no me proporcionaba ningún reposo, produciéndome en cambio horribles pesadillas. Creía ver el cuerpo de Conrado cubierto de sangre echado sobre el césped bajo una encina hueca, y percibía de nuevo la misma débil queja que antes había oído en el tallar. El sonido me despertó y levantéme poseída del mayor sobresalto; era nuestra madre la que se quejaba; aún permanecía en el sillón en que yo la coloqué, y cogidas las rodillas con las manos, balanceábase de un lado á otro.

»Nuestra ansiedad aumentaba ahora con la ausencia de Félix, que organizó una nueva batida; y cuando se iban ya los que formaban parte de ella, mi padre me cogió de la mano sin decir palabra y condújome al parque. Empezaban á despuntar los primeros albores de la mañana, cuando nos encaminamos á la pequeña colina que está en el extremo de aquél. Ninguno de los dos pronunció una sola palabra en todo este tiempo. Desde aquella elevación veíase toda la llanura, atravesada por la corriente tortuosa del Weidnitz. En la cumbre de la colina hay un banco de madera; en él fué á sentarse mi padre y ocultó su rostro entre las manos. Yo le atraje hacia mí y apoyé su cabeza en mi seno, mientras permanecía sentada, fijando una mirada estúpida en la nebulosa perspectiva que se extendía bajo nosotros. No podía pensar; había perdido toda noción de las cosas, y mi vista se obscurecía por las lágrimas que llenaban mis ojos.

»El curso del río trazaba una línea blanquizca á través de la llanura, y semejante á un punto negro, destacándose en ella, una pequeña barca era arrastrada por la corriente. La bruma, elevándose apenas sobre el suelo, cubría todo el paisaje con sus vapores y comunicábale el aspecto de un mar lívido. A medida que contemplaba el punto negro, parecíame que llevaba un ataúd en el que se hallaba tendido el cuerpo de Conrado; el rostro tenía la blancura del mármol y no estaba desfigurado por ninguna cicatriz, mientras que las facciones parecían más plácidas y austeras que nunca. De improviso el cuerpo comenzó á moverse; incorporóse y quedó sentado en el ataúd; le vi tender hacia mí una mano suplicante y quise lanzarme hacia él, pero no pude, pues cada vez que trataba de levantarme, una mano invisible me sujetaba. De repente la ilusión se desvaneció; el mar y el ataúd habían desaparecido, y vi que la corriente arrastraba la barca á una bahía formada por el río.

—»¡Padre, exclamé, mira, mira!

»No pude decir más. Los dos mirábamos, y vimos á un hombre salir de la barca y saltar á tierra. ¡Era Conrado!

»¿Cómo bajamos de la colina? No lo sé; solamente recuerdo que pocos momentos después habíamos llegado á la orilla del río y estrechábamos á Conrado en nuestros brazos. Mi padre no hallaba más que una frase para expresar su dolor pasado y su alegría presente, y murmuraba á cada instante: «¡Conrado, hijo mío!» Conrado nos dejó hablar sin responder: su rostro tenía la palidez de un espectro y parecía inerte; sus dientes castañeteaban de continuo; un estremecimiento recorría sus miembros; sus ojos nos miraban sin vernos al parecer, y su expresión era muy triste. Con la mayor dificultad conseguimos al fin que hablara de él: nos dijo que se había separado de los cazadores la víspera por la tarde, apenas muerto el ciervo, porque estaba ansioso de ver á Félix, cuyo accidente le inquietaba. Quiso tomar un atajo para llegar antes al castillo, y se perdió en el bosque; en los campos reinaba todavía una claridad crepuscular, pero allí todo estaba obscuro y las sendas desiertas. Para orientarse mejor en el tallar, apeóse del caballo y le ató á un árbol.

»Mientras trataba de reconocer aquellos sitios, el cuadrúpedo, espantado por un ruido cualquiera, escapó al galope; quiso seguirle algún tiempo, guiándose por el rumor de los cascos, pero así se extravió más. Al cabo de dos horas, creyendo oir un murmullo de agua corriente, avanzó en aquella dirección, y hallóse al fin en las orillas del Weidnitz. Entonces supo por vez primera en dónde estaba, y reconoció que había errado el camino; siguió el curso de la corriente, mas érale preciso detenerse á cada paso á causa de las espesuras del ramaje, y cansado de tantos esfuerzos, resolvió pasar la noche en el bosque, cuando tropezó con un objeto oculto en el cañaveral de la orilla del río. Era una barca vacía, dejada allí probablemente por los guardabosques; la pusó á flote, no sin dificultad, y vió que se sostenía bien.

»Después cortó la rama de un pino, la más larga y derecha que pudo encontrar, y trató de utilizarla para dirigir la embarcación; pero las aguas iban tan crecidas, que no le sirvió de nada. Entonces echóse en la barca y dejóla seguir á merced de la corriente; estaba transido de frío, y muy pronto perdió el conocimiento. El roce de la quilla con el fondo muy bajo de la pequeña bahía le despertó al fin.

—»¡Oh, Conrado!, exclamó mi padre, si tú supieras en qué ansiedad nos has tenido... ¿Por qué no tuviste confianza en el instinto de tu caballo? Seguramente te hubiera llevado al castillo sano y salvo, porque estos animales vuelven á su cuadra por lejos que se encuentren de ella. ¡Sólo Dios sabe qué noche nos has hecho pasar!

»Conrado no contestó, y limitóse á inclinar la cabeza como si estuviese cansado de llevarla. Aquel hombre tan fuerte, tan aguerrido contra el dolor físico, parecía quebrantado por la obra de una sola noche.

—»¡Vamos!, dije yo, no debemos reprenderle. Padre, parece que el pobre está enfermo y rendido de cansancio.

—«¡Es cierto, hija mía, es cierto!, contestó mi padre. Corre tú al castillo primero y prepara á tu madre.

»De este modo llegué antes que ellos. ¡Oh, cómo me alegro de poder anunciarte esta noticia! No he querido cerrar la carta, amiga mía, sin darte cuenta del feliz regreso de Conrado; pero mis ojos comienzan á cerrarse ya, y estoy muy fatigada.

»¡Loado sea Dios! ¡Conrado está en salvo! Regocíjate con nosotros, amiga mía. ¡Buenas noches!...

## VIII

### UN DRAMA NO REPRESENTADO

SEIS PÁGINAS DEL DIARIO DE CONRADO DE ROSENECK

*Primera página.* — «Cuando de un latigazo lancé mi caballo por su camino, me dije: «¡Sea, yo te pertenezco, oh Muerte!... ¡Allá va tu mensajero para anunciar con sus relinchos la buena noticia en la puerta por donde ya no he de volver á pasar! ¡No temáis ya, jóvenes enamorados! Ya no volveré á sembrar el espanto en vuestras almas, pero si no queréis verle otra vez al pasear cogidos del brazo por las sombrías soledades que os eran caras en otro tiempo, no os acerquéis á la encina hueca, pues allí donde el césped está ennegrecido por la inútil sangre que corre y se filtra entre las hojas por ella impregnadas, la vista de su figura, apareciéndose de improviso, podría perturbar un poco vuestros inocentes corazones. ¿Quién ha retenido mi mano levantada? ¿Sería tu poderosa impotencia, ó tu cobardía?... ¡No!... ¿Por qué retrocedería ante la muerte el hombre que prefiere á una vida de tormento el golpe vivo y rápido que le asegura un reposo completo? ¿Sería el deber filial?... ¡Nada de blasfemias!... En aquel momento no pensaba en mi padre ni en mi madre... ¡No!... Alguna cosa más mortal que el brillo del acero homicida me deslumbró de repente; un siniestro resplandor, brotando de las sombrías profundidades del río, rasgó las tinieblas más profundas aún de mi corazón... ¡Sí!... ¡Era en realidad el fantasma fulgurante de aquel terrible oráculo! Una radiación de amatista se extendió sobre las furiosas ondas que rodaban á mis pies; transformólas en señales y símbolos; un encanto mágico rodeó todo mi ser; yo miraba y escuchaba. Aquella luz misteriosa hablábame un lenguaje criminal y de las tumultuosas aguas elevábanse voces que cantaban:

¡Para nosotros el anillo; para ti la joven castellana!
¡Oh, hermano, la hora se acerca! ¡Hermano, la copa está llena!

»No sentí ningún estremecimiento, ni el temor me invadió al escuchar aquellas voces horribles, porque me eran familiares... ¡Ah! ¡Cuántas veces las he oído! En aquel momento hacíanme una promesa que yo no osaba interpretar; pero tenía fe en ellas...

. . . . . . . . . . . . . .

TRADUCIDO POR E. L. VERNEUILL

*(Continuará)*

## SECCIÓN CIENTÍFICA

### FERROCARRIL DE ESTRIBOS ESCALONADOS

Entre los más importantes problemas de la vida civilizada moderna, es indudablemente uno de los principales el relativo á los medios de locomoción y transporte indispensables para satisfacer las necesidades cada día crecientes del tráfico personal en las grandes ciudades. Que los ómnibus, los tranvías y aun los ferrocarriles urbanos no llenan en este punto de un modo completo las exigencias del público, demuéstralo el hecho de que todos estos sistemas de locomoción no han podido desterrar los tradicionales coches de punto con su aparato desproporcionado al peso que han de sostener y con sus tarifas más desproporcionadas todavía.



NUEVO SISTEMA DE LOCOMOCIÓN EN LAS GRANDES CIUDADES

Fig. 1. Aspecto general del ferrocarril de estribos escalonados

Omnibus y tranvías son demasiado lentos en muchos casos, y en cuanto á los ferrocarriles sólo tienen una aplicación muy limitada en el interior de las ciudades por las incomodidades que suelen ir anejas á su construcción y explotación. Además esos tres medios de locomoción ofrecen el inconveniente de que el que ha de servirse de ellos tiene que emplear más ó menos tiempo en llegar á los puntos de parada, esperando el paso de algún vehículo: otra de las desventajas es la de los frecuentes altos que han de hacerse durante el trayecto para que suba ó baje algún pasajero.

Los ferrocarriles funiculares introducidos en América sólo en determinadas circunstancias, muy raras en Europa, responden á las esperanzas que en ellos se cifraron, y lo propio puede decirse de los ferrocarriles eléctricos.

A la solución del problema de aunar la baratura y la rapidez con la ventaja de estar siempre el vehículo á la disposisión del público tiende un sistema de locomoción cuyos principios fundamentales vamos á exponer.

El principio en que se basa esta innovación consiste en establecer un sistema por el cual los trenes no necesiten detenerse, sino que con el impulso de una sola vez recibido recorran toda la línea, pudiendo subirse á ellos en cualquier punto del trayecto. El proyecto singular á que nos referimos y cuyo objeto es facilitar el tráfico en las grandes ciudades es de invención alemana y está llamando actualmente la atención en muchos países. Dos arquitectos, los hermanos Enrique y Guillermo Rettig, de los cuales el primero es consejero real de construcciones en Munster (Westfalia), habiéndose antes distinguido como arquitecto de la guarnición de Metz, y el segundo es arquitecto municipal de Dresde y muy conocido por el primer premio que ganó con su proyecto de monumento al emperador, han concebido y desarrollado el plan de un ferrocarril que puede adaptarse á todas las calles por donde circulan los tranvías y demás sistemas ordinarios y aun á muchas actualmente cerradas para éstos, que funciona con movimiento uniforme y constante y al cual puede subirse en cualquier punto. Cada línea del ferrocarril es circular y los vagones son movidos por un cable sin fin que pasa por debajo de ellos y que recibe el impulso de un motor fijo: la velocidad es de 4'5 metros por segundo ó sea 16'2 kilómetros por hora. Junto á esta vía propiamente dicha de 60 á 70 centímetros de ancho hay otras dos que facilitan el acceso á la primera y en cada una de ellas está asentada una plataforma ó estribo sin fin, puesto que se extiende en toda la longitud del trayecto: ambas se mueven constantemente, gracias á sus respectivos cables, con una velocidad de 3 metros por segundo la central y de 1'5 la situada más hacia el exterior: esta última velocidad es la de un peatón. La fig. 2 representa la sección transversal de la tres plataformas móviles y facilita la comprensión del mecanismo. A la plataforma exterior, que se alza á unos 10 centímetros sobre el nivel del camino de peatones que junto á ella se extiende, puede subir fácilmente cualquiera que por éste circule; con igual facilidad puede pasarse de esta plataforma á la central, que se eleva también unos 10 centímetros sobre ella, y de la central al vagón propiamente dicho situado en igual altura. El que siguiendo su paso ordinario sube á una de las plataformas adquiere la misma velocidad que tiene la superficie en que camina, y lo propio sucede en los descensos.

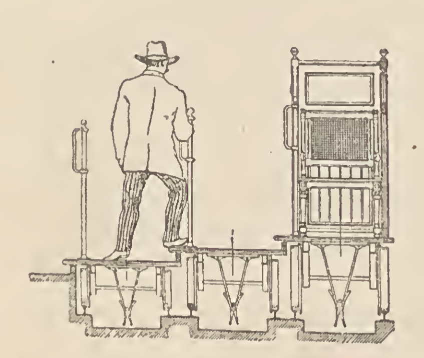


Fig. 2. Detalle del ferrocarril de estribos escalonados

El principal reparo que á este sistema de locomoción se opone, es que diariamente se observa en los tranvías que muchas personas no pueden subir ni bajar del vehículo mientras éste va andando, por lenta que sea su marcha: el ensayo hecho en pequeña escala en Munster de este nuevo sistema ha demostrado que la subida y la bajada no ofrecen dificultad alguna para las señoras ni para las personas de edad avanzada.

Como se ve por la fig. 1, en donde se representa una calle con una instalación del sistema Rettig, este ferrocarril ha de ser aéreo, sostenido por pilastras, ó subterráneo, por lo cual se hacen necesarias las escaleras para llegar hasta él. Los coches pueden ir en fila no interrumpida, ó formando trenes, ó sueltos á determinadas distancias uno de otro; tienen 2'5 metros de largo y el ancho de un solo asiento, de modo que cada viajero tiene su asiento. Para facilitar el ascenso ó descenso, las plataformas, de un metro de ancho, van provistas de unas barandillas.

Cada vía debe formar, como hemos dicho, un anillo cerrado, de modo que dé la vuelta por una sola calle ó alrededor de una ó varias manzanas de casas. En este sistema no puede haber naturalmente cruces; pero este inconveniente se salva haciendo que varias líneas ó anillos estén en contacto en determinados puntos, de suerte que bajando de una pueda tomarse otra fácilmente.

La ausencia de locomotoras hace que la vía no haya de ser de una resistencia extremada, con lo que resulta mucho más barata en construcción, y como el cable motor permite las mayores curvas, puede darse á la vía la forma de la calle donde haya de emplazarse sin necesidad de expropiaciones.

Todas estas circunstancias permiten dotar á poco coste á una cuidad de una red completa de ferrocarriles de este sistema, pudiendo colocarse los motores que impulsan los cables en los puntos de contacto de varias líneas.

El pago del precio del pasaje puede hacerse por medio de aparatos automáticos que abran la entrada del vagón cuando se eche en ellos la moneda correspondiente, ó por medio de conductores que recogieran los billetes que se vendan en distintos despachos, lo cual no exigiría un personal muy numeroso.

La seguridad en estos trenes es absoluta, resultando innecesarias todas las señales ó agujas para los cambios de vía. Además la circunstancia de no llevar locomotoras evita á las casas próximas á la línea las molestias del humo, del ruido y de la trepidación.

Por lo que toca á los servicios que puede prestar este sistema de locomoción, los cálculos comparativos demuestran que á pesar de su velocidad moderada puede atender á necesidades del tráfico más rápidamente que los ómnibus y tranvías y aún que los mismos ferrocarriles de cortos trayectos; que la fuerza motora necesaria para un movimiento de 2.400 personas por hora es menor que el de una locomotora, y que con un movimiento de 12.000 personas por hora (movimiento que no es raro en algunos trayectos del ferrocarril urbano de Londres, por ejemplo) la proporción entre la fuerza indispensable en este sistema y la del ferrocarril de vapor es de uno á cuatro.

Las muchas ventajas de este sistema que acabamos de describir hacen desear y permiten esperar que pronto se le someterá á estudio y examen verdaderamente prácticos. En Inglaterra y en América se está haciendo gran propaganda para llamar la atención y el interés públicos sobre este invento, que por lo mismo que presupone un tráfico muy considerable sólo puede aplicarse en las grandes ciudades.

La comparación entre el coste de una línea de este sistema y de los otros ferrocarriles es ventajosísima para el primero, hasta el punto de resultar la mitad más barata que la del más barato de éstos, sin contar con el ahorro que supone en los gastos de explotación.

(De la *Illustrirte Zeitung*)



### LA DENSIDAD DE LA POBLACIÓN Y LA LLUVIA

A juzgar por lo que dice el *Bradstreet*, los resultados del último censo han demostrado que la distribución de la población de los Estados Unidos está relacionada con la abundancia ó escasez de lluvias.

La mayor parte de la población está distribuída en las regiones en donde la altura anual de la lluvia varía entre 30 y 40 pulgadas, regiones que comprenden las tres cuartas partes de la población de los Estados Unidos. La densidad de la población disminuye rápidamente desde el momento en que la altura anual de las lluvias se aparta de aquellas cifras.

La mayor densidad se encuentra en aquellos territorios en donde la altura de la lluvia llega anualmente á 40 ó 50 pulgadas, alcanzando entonces 49 habitantes por milla cuadrada: en las regiones en donde la lluvia varía entre 30 y 40 pulgadas por año, la densidad media es de 43'1 habitantes por milla, y en las áridas comarcas del Este, en donde la lluvia que anualmente cae es inferior á 20 pulgadas y que constituyen los dos quintos del territorio de los Estados Unidos, apenas contienen las tres centésimas partes de la población total. La población se desarrolla con mayor rapidez donde la lluvia oscila entre 20 y 30 pulgadas; la densidad ha aumentado allí desde 1'6 á 8'1. La densidad mayor está, pues, allí donde reinan una temperatura y una lluvia medias.

# LOS QUE TENGAN TOS

ya sea catarral ó de constipado, seca, nerviosa, ronca, fatigosa, etc., etc., bronquial ó pulmonar, por fuerte y crónica que sea, hallarán el alivio inmediato tomando la **PASTA PECTORAL INFALIBLE del Dr. ANDREU de Barcelona.**
Son tan rápidos y seguros los efectos de estas pastillas, que casi siempre desaparece la *tos por completo* al terminar la primera caja.

Los que tengan también **ASMA** ó **SOFOCACIÓN** usen los cigarrillos balsámicos y los papeles azoados del mismo autor, qué la calman instantáneamente y permiten al asmático *dormir durante la noche.*

**MEDICAMENTOS ACREDITADOS**

**PÍDANSE EN LAS Farmacias**

# PARA TENER LA BOCA

## sana, hermosa, fuerte

y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR GUTLER** ó **MENTHOLINA** que prepara el **Dr. ANDREU de Barcelona.**
Su olor y sabor son tan exquisitos y agradables, que además de un poderoso remedio, es artículo de recreo é higiene, porque deja la boca fresca y perfumada por mucho tiempo.

**LA MENTHOLINA** en polvo aumenta la blancura y belleza de los dientes.

*Véase el curioso opúsculo que se da gratis.*

---

## PARIS



GRANDES ALMACENES DEL

# Printemps

**NOVEDADES**

## Remítese gratis y franco

el Catálogo general ilustrado encerrándo todas las modas de la **ESTACIÓN de VERANO**, á quien lo pida á

**MM. JULES JALUZOT & C^IE PARIS**

Remítense igualmente *franco* las muestras de todas las telas que componen nuestros inmensos surtidos, pero especifíquese las clases y precios.

Todos los informes necesarios á la buena ejecución de los pedidos estan indicados en el Catálogo.

Todo pedido, á contar desde 50 Ptas, **es expedido franco de porte y de derechos de aduana** á todas las localidades de España servidas por ferrocarril, mediante un recargo de 22 % sobre el importe de la factura.

Las expediciones son hechas libres de todos gastos hasta la población habitada por el cliente y contra reembolso, es decir, á pagar contra recibo de la mercancía; los clientes no tienen pués que molestarse en lo más mínimo para recibir nuestras remesas todas las formalidades de aduana habiendo sido cumplidas por nuestras casas de reexpedición.

***Casas de Reexpedición:***

**Madrid:** *Plaza del Angel, 12*
**Irún | Port-Bou**
**Hendaye | Cerbère**

---

## CARNE, HIERRO y QUINA

El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

# VINO FERRUGINOSO AROUD

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

**CARNE, HIERRO y QUINA!** Diez años de exito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociacion de la **Carne**, el **Hierro** y la **Quina** constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la *Clorósis*, la *Anemia*, las *Menstruaciones dolorosas*, el *Empobrecimiento* y la *Alteracion de la Sangre*, el *Raquitismo*, las *Afecciones escrofulosas y escorbuticas*, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reune todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida: el *Vigor*, la *Coloracion* y la *Energia vital*.

*Por mayor*, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.

SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

**EXIJASE el nombre y la firma AROUD**

---

# GARGANTA

## VOZ y BOCA

## PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los **Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco,** y specialmente á los Sñrs **PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la emicion de la voz.—PRECIO: 12 REALES.

*Exigir en el rotulo a firma*

**Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS**

---

## Enfermedades del Pecho

## Jarabe Pectoral DE P. LAMOUROUX

*Antos, Farmacéutico*

**45, Calle Vauvilliers, Paris.**

*El Jarabe de Pierre Lamouroux es el* **Pectoral por excelencia** *como edulcorante de las tisanas, á las cuales comunica su gusto agradable y sus propiedades calmantes.*

(Gacela de los Hospitales)

Depósito General: 45, Calle Vauvilliers, 45, PARIS

*Se vende en todas las buenas farmacias.*

---

GRANO DE LINO TARIN en todas las FARMACIAS
ESTREÑIMIENTOS, CÓLICOS. – La caja: 1 fr. 30.

---

## ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

## PASTILLAS y POLVOS

# PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

**Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.**

*Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.*

**Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS**

---

## VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr. FRANCK



*Querido enfermo. — Fíese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegria. — Así vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.*

---



36, Rue Vivienne **SIROP du Doct^r FORGET** RHUMES, TOUX, INSOMNIES, Crises Nerveuses



---



## VINO DE CHASSAING

BI-DIGESTIVO

Prescrito desde 25 años

Contra las AFECCIONES de las Vias Digestivas

PARIS, 6, Avenue Victoria, 6, PARIS

Y EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS

---



## CLORÓSIS. — ANÉMIA. — LINFATISMO

*El Proto-Ioduro de Hierro es el reparador de la sangre, el fortificante y el microbicida por excelencia.*

El **Jarabe** y las **Grajeas** con proto-ioduro de hierro de **F. Gille,** *no podrian ser demasiado recomendados en razón de su pureza química, de su inalterabilidad y de su solubilidad constantes.*

*(Gaceta de los Hospitales).*

DEPÓSITO GENERAL: 45, Rue Vauvilliers, PARIS. Depósito en todas las Farmacias.

---

## ENFERMEDADES del ESTOMAGO

# Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA

PREMIO DEL INSTITUTO AL Dr CORVISART, EN 1856

Medallas en las Exposiciones internacionales de

PARIS – LYON – VIENA – PHILADELPHIA – PARIS
1867 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS

**DISPEPSIAS**
**GASTRITIS — GASTRALGIAS**
**DIGESTION LENTAS Y PENOSAS**
**FALTA DE APETITO**

Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION

BAJO LA FORMA DE

**ELIXIR** · · de PEPSINA **BOUDAULT**
**VINO** · · de PEPSINA **BOUDAULT**
**POLVOS** · de PEPSINA **BOUDAULT**

PARIS, Pharmacie **COLLAS**, 8, rue Dauphine

*y en las principales farmacias.*

---

Frasco: 5 fr. — en Paris

## PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —

**LA LECHE ANTEFÉLICA**

pura ó mezclada con agua, disipa

PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES

Pone y conserva el cutis limpio y terso

CANDÈS et Cie, Bd St-Denis, 18

---

## LA SAGRADA BIBLIA

EDICIÓN ILUSTRADA

**á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas**

Se envian prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

---

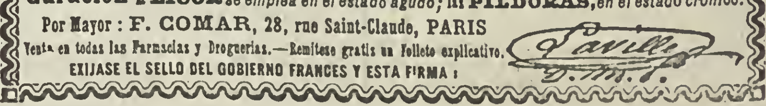
# GOTA Y REUMATISMOS

**Curacion** por el **LICOR** y las **PILDORAS** del **D^r Laville:**
El **LICOR** *se emplea en el estado agudo;* las **PILDORAS**, *en el estado crónico.*

Por Mayor: F. COMAR, 28, rue Saint-Claude, PARIS

Venta en todas las Farmacias y Droguerias.—Remítese gratis un Folleto explicativo.

EXIJASE EL SELLO DEL GOBIERNO FRANCES Y ESTA FIRMA:




---

SOCIEDAD de Fomento *Medalla de Oro.* PREMIO de 2000 fr.

# JARABE Y PASTA de H. AUBERGIER

EXPOSICIONES UNIVERSALES PARIS 1855 LONDRES 1862 *Medallas de Honor.*

con **LACTUCARIUM** (Jugo lechoso de Lechuga)

***Aprobados por la Academia de Medicina de Paris é insertados en la Colección Oficial de Fórmulas Legales por decreto ministerial de 10 de Marzo de 1854.***

« Una completa innocuidad, una eficacia perfectamente comprobada en el *Catarro epidémico*, las *Bronquitis, Catarros, Reumas, Tos, asma* é *irritacion* de la garganta, han grangeado al **JARABE y PASTA** de **AUBERGIER** una inmensa fama. »
*(Extracto del Formulario Médico del S^or Bouchardat catedrático de la Facultad de Medicina (26ª edición).*

Venta por mayor: **COMAR Y C^e**, 28, Calle de St-Claude, PARIS

DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES BOTICAS

---

# PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en 1/2 **cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el *PILIVORE*. **DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

## LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

JUANELA, *novela por D. M. Martínez Barrionuevo.* – Un asunto interesante, una acción sencilla que se desarrolla naturalmente, unos personajes bien concebidos y perfectamente retratados cuyos caracteres se sostienen lógica y consecuentemente, un diálogo chispeante unas veces, lleno de sentimiento otras y siempre animado y verdadero; descripciones brillantes y exactas, episodios cómicos que hacen asomar la sonrisa á los labios, situaciones dramáticas que traen las lágrimas á los ojos, y un lenguaje llano, culto, castizo; he aquí los elementos que constituyen la última novela del fecundo y conocido escritor Sr. Martínez Barrionuevo. La novela es de costumbres populares andaluzas, que aparecen pintadas de mano maestra, y se aparta del género hoy en boga, pues nada hay en su fondo ni en la forma que pueda ofender á los lectores más delicados.

Es un libro, en suma, de los que una vez empezados no se sueltan hasta dar con el final, y una vez acabados dejan grata impresión en el ánimo, pues acaba bien, en la acepción vulgar de la frase, lo que para muchos no deja de ser una cualidad muy recomendable.

Véndese en las principales librerías al precio de 3 pesetas, debiendo dirigirse los pedidos al editor D. Inocente López, Rambla del Centro, 20.

***

BOCETOS LITERARIOS, *por Doña Francisca Sánchez de Pirretas.* – Dos condiciones se advierten en los trabajos contenidos en este libro que, no siendo muy frecuentes en la mujer, aseguran el título de notable escritora á la que por suerte de la naturaleza y fuerza del estudio las posee: el espíritu de observación y el dominio de nuestro hermoso idioma. Gracias al primero, los asuntos tratados en los artículos que forman la colección de los *Bocetos literarios*, y algunos de los cuales han sido publicados en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, aparecen en las paginas del libro con la misma vida y el mismo relieve que en la realidad tuvieron, los personajes son humanos y verdaderos, y las consideraciones que de la descripción de aquéllos ó del estudio de éstos se derivan son lógicas y ajustadas por completo al buen sentido y al modo de ser de la existencia práctica; y merced al segundo, las ideas encárnanse en frases y conceptos rigurosamente apropiados á ellas, y á la verdad del fondo corresponde de este modo la precisión de la forma.

En *Bocetos literarios* hay temas para todos los gustos, desde el naturalista de buena ley al sentimental con puntas y ribetes de romántico. Los únicos que no encontrarán en ellos satisfacción á sus aficiones son los devotos al realismo de cierto género: la Sra. Sánchez de Pirretas profesa el principio, así al menos se desprende de sus escritos, de que lo que escribe una madre ha de ser de tal índole que su lectura no conturbe la pureza de sentimientos de sus hijas.

Véndese el libro al precio de 2 pesetas en Barcelona en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, y en casa de la autora, Fortuny, 19, 3.°, 1.ª, y en Madrid en la Administración de *El Ejército Español*, Libertad, 23, bajos.



MISS ELLIOTT, la mujer barbuda

***

PUNTOS SUSPENSIVOS. VERSOS SERIOS Y FESTIVOS. *Por don José Borrás y Bayonés.* – Es esta una colección de poesías que se lee con gusto por la variedad de temas que en ellas se trata, alegres unos, tristes otros y escritos todos en versos fáciles y correctos. Aunque la nota dominante en la mayor parte de las composiciones es la cómica, hay algunas, como *Dos tumbas*, *¡Soldado!* y otras, impregnadas de sentimiento, que acusan el alma de un verdadero poeta. Varias de ellas denotan también un conocimiento perfecto de las costumbres y del lenguaje de la *flamenquería* madrileña, mereciendo citarse en este género los bellísimos romances *El vacío*, *Parola* y *Cosas de ellos*.

El libro, del que van publicadas dos ediciones, forma un elegante tomo de más de cien páginas y se vende al precio de una peseta en las librerías de San Martín y Fernando Fe, en Madrid.

***

ZARAGOZA ARTÍSTICA, MONUMENTAL É HISTÓRICA, *por A. y P. Gascón de Gotor.* – Con los cuadernos 12, 13 y 14 de este publicación que cada día despierta mayor interés y adquiere mayor importancia, se han repartido seis preciosas fototipias que representan unos azulejos del castillo de D. Teobaldo (hoy convento del Santo Sepulcro), reproducción de los que poseen los Sres. Gascón de Gotor, un ejemplar de cerámica ibérica de la notable colección de D. Pablo Gil y Gil, el facistol del papa Luna (siglo XV), existente en la catedral de la Seo, varias vasijas ibéricas de la citada colección de D. Pablo Gil y Gil, la iglesia de Santa María Magdalena y un bellísimo tríptico gótico que se conserva en la parroquieta de La Seo.

Cada cuaderno contiene además ocho páginas de interesante texto, que abunda en datos notables y curiosos sobre la historia artística y monumental de la ciudad de Zaragoza.

El precio de cada cuaderno es de una peseta. Se suscribe en Zaragoza en las principales librerías y en casa de los autores, Soberanía Nacional, 6 y 8, 2.°, y en Barcelona en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

***

## ADVERTENCIAS

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

No se devuelven los originales.

***

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en LA ILUSTRACIÓN, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de que sean admitidas, tendremos el gusto de consignar, al confirmarlas en las columnas de nuestra publicación, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envío de las mismas.

Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.





IMP. DE MONTANER Y SIMÓN